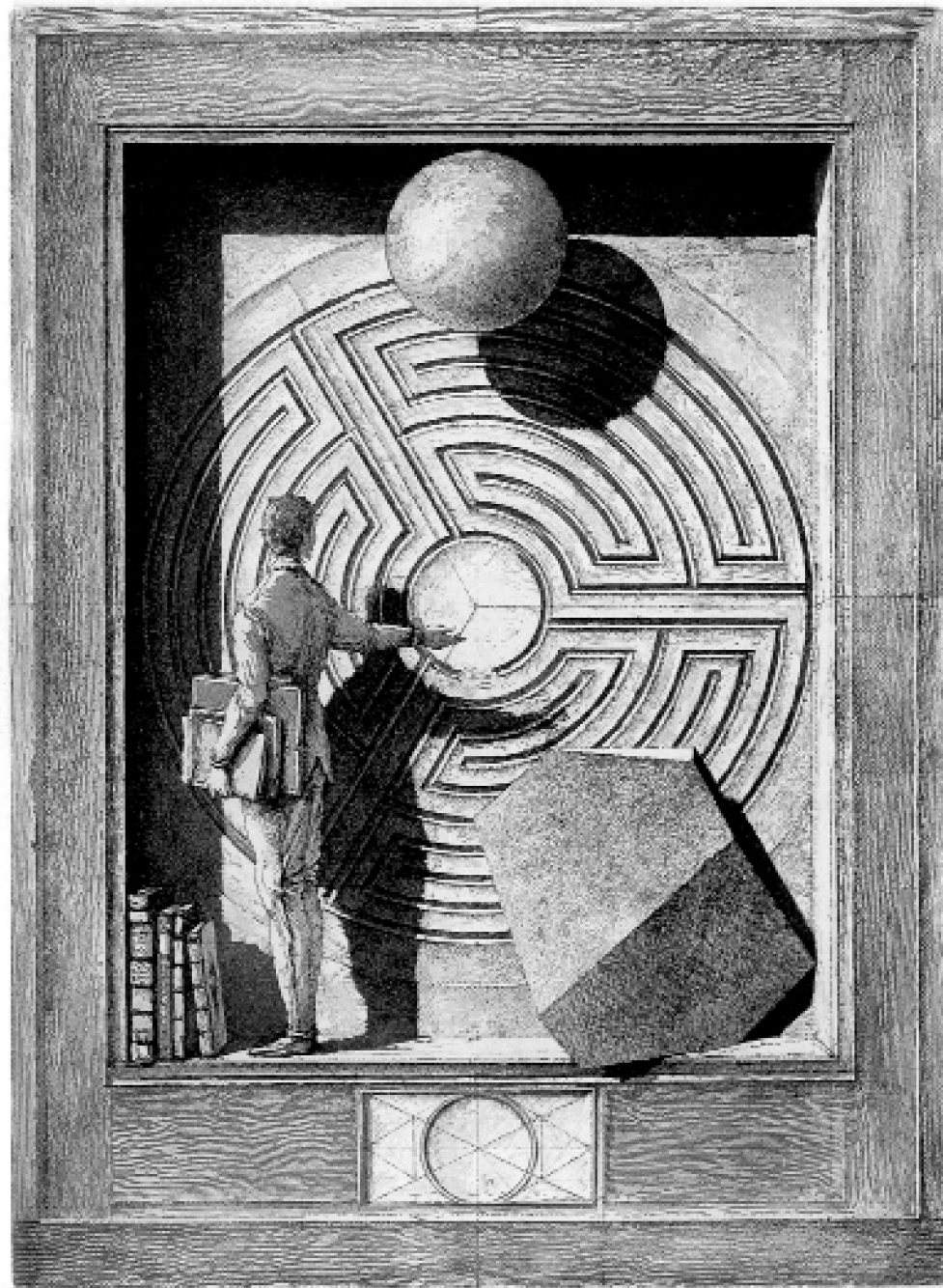


# PLAZA DE SAN JUAN



48/00

Leónidas 11

© 1910 por el autor. Ed. 1919

*"Los libros son las palabras y los sueños de los hombres"*

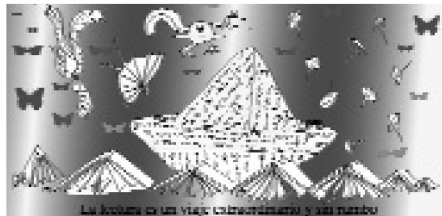
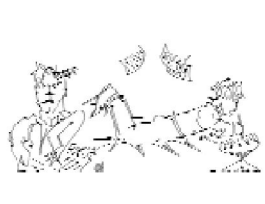
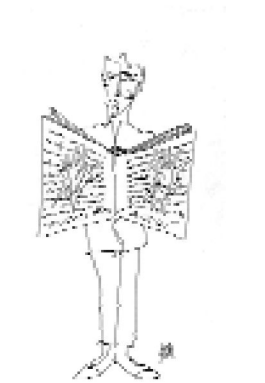
GUSTAVO MARTIN GARZO

# SUMARIO

- José Gutiérrez Román. INSCRIPTIONES ROMANAE ..... 1
- Alejandro Yagüe. CARRERA DE MAGISTERIO  
Y CARRERA DE MÚSICA ..... 5
- Eduardo Nabal. AL NORTE DEL YUCÓN ..... 7
- Marta Martín. CUENTOS PARA ÁNGELES ..... 13
- Felisa de Juan. VERDE FAROLILLO. COMO UN SUSPIRO ..... 15
- Virginia Ahedo. DISERTACIÓN FILOSÓFICA:  
¿ES ÚTIL Y NECESARIA LA FILOSOFÍA? ..... 16
- Enrique Cuesta. LARA CROFT NO ES MADRE ..... 21
- José María Izarra. PARA ENVIAR UNA VEZ  
SE ME HAYA DADO... ..... 23
- Sonia Martínez. FLORES PARA UN FUNERAL ..... 26
- Marta Saiz. LA MUJER Y LOS MONOTEÍSMOS ..... 29
- José Manuel López Gómez. LA APLICACIÓN DEL SUERO  
ANTIDIFTÉRICO EN BURGOS ..... 31
- Jorge Sáiz. FILOXERA ..... 35
- NOTICIAS NUESTRAS

*PORTADA:* ERIC DESMAZIÈRES.

*DIBUJOS:* ÁLVARO ÁLVAREZ VILLAMARTÍN (1977-2021). Aficionado al diálogo. Descubridor de misterios pasados y accesible al público en cada viaje que realiza. Estima ilustrar páginas en blanco gracias a la rapidez en el trazo. Próximamente completará el año más prolífico de su carrera artística con el ánimo de comenzar a caminar descalzo y acompañado.





# INSCRIPTIONES ROMANAE

José  
GUTIÉRREZ ROMÁN



■ La prensa romana se hacía eco ayer de un accidente ocurrido a las cinco de la madrugada del día anterior, cuando un coche se precipitó por el Puente Palatino, también conocido como puente de los ingleses por circularse sobre este tramo en sentido contrario al habitual. El cuerpo sin vida del joven conductor, empleado de una imprenta, era recuperado horas más tarde del fondo del Tíber. Sus amigos se mostraban asombrados, pues se habían despedido a la una y media de la noche, después de haber cenado juntos. Nadie se explicaba, por tanto, de dónde venía a aquella hora ni a qué se debía su exceso de velocidad, «algo que no era habitual en él».


autobuses que circulan por Via Flaminia. Como en un relato de Cortázar que leyó hace tiempo, ha inventado un juego de casualidades: para que el plan sea perfecto debe encontrar libre un asiento en la parte derecha, los cristales tienen que estar empañados y, a cierta altura del trayecto, el corazón que su dedo índice dibuje sobre el cristal ha de superponerse al que alguien pintó un buen día sobre una pared de esa calle. Si esto ocurriese, querría decir que está a punto de encontrar al gran amor de su vida. Nunca lo ha conseguido, y, sin embargo, se sigue enamorando «como una tonta», garabatea de manera ilegible sobre el vaho que cubre el cristal.

■ Los días de lluvia son una nueva ocasión para intentarlo. Deja su motorino aparcado y toma cualquiera de los


■ Ya no recuerda ni cuándo ni por qué le dio por coleccionar bibelots magnéticos para la puerta de su nevera. Desde ese





indefinido momento, tiene por costumbre comprar un nuevo imán que contenga alguna imagen típica de cada lugar que visita, o bien se los encarga a sus familiares y amigos cuando van de vacaciones. De hecho, la mayor parte de su tesoro se la debe a los demás, pues a él cada vez le apetece menos salir. Sin embargo, le gusta observar, mientras come, la disposición de sus adornos con la misma atención que pondría un mariscal de campo en el estudio de las posiciones enemigas. Para Giulia, en cambio, esos imanes sólo tienen una función práctica, la de sujetar las notas que algunas mañanas le deja en el frigorífico. Los mensajes que contienen suelen ser del estilo: «Compra alcachofas y pimientos. Casi no hay papel higiénico. Te quiero». No acaba de entender por qué su mujer no le dice estas cosas de viva voz cuando se encuentran al amanecer: él recién llegado de su turno de noche, y ella a punto de salir hacia la oficina. Tampoco le gusta que mezcle los asuntos (por ejemplo: el papel higiénico con las alcachofas y los sentimientos y que se quede tan campante). Pero lo que más le disgusta es ese aséptico “te quiero” final, invariable sobre el frigorífico desde hace años y que ya ni recuerda cuándo fue la última vez que lo oyó de sus labios. Debíó ser en la misma época en que a él le dio por coleccionar imanes para la nevera.

  
■ Las viejas princesas romanas, sobre todo las de pega, se caracterizan por no faltar a ninguna fiesta benéfica, siempre se muestran gentiles y su nombre aparece en el comité de honor de alguna sociedad cultural (la más codiciada es la de Amigos de la Música Sacra). Indefectiblemente tienen una perrita que se llama Fufi, Bubi o Tábata, un gato Napoleón y un mayordomo que aseguran las sirve desde

hace más de veinte años (la antigüedad del empleado, en estos casos, es signo de distinción). Les agrada ver su foto en la revista de la parroquia, así como ser vistas en las recepciones de las embajadas, donde ellas nunca prueban ni un bocado, al contrario que sus maridos. Sin embargo, nada de esto es comparable al placer que experimentan cuando reciben las tarjetas de visita que encargaron en la imprenta. No hay cosa que les provoque mayor deleite que el surco dorado que deja la espiral con que nace la letra pe cuando anuncia su condición de «Principessa».

  
■ Al regresar a casa, con la ciudad casi desierta, la vio de refilón, y lo que no llegó a percibir se lo dictó su memoria. «Tres días, tres meses, tres años, ayer, hoy y siempre: Te amo, Laura». Aquel “siempre”, que había pergeñado de manera alocada con un spray sobre una pared deslucida hace ya no sé cuántos años (mucho tiempo en todo caso), le golpeó con saña. Pisó entonces a fondo el acelerador, como si de este modo pudiese atropellar su conciencia y borrar esa pintada para siempre.

  
■ «Nos miramos en el autobús M el día 23, venía del Auditorio y te montaste en Via Flaminia. Tú, castaña, media melena, ojos claros y pantalón y camiseta negros. Llevabas una chaqueta gris colgada del brazo. Yo, moreno y con perilla. Ibas sentada en dirección contraria y dibujabas sobre los cristales empañados. Te espero a la misma hora los días de lluvia».

  
■ A él, que se considera un hombre de orden (lo sería de igual modo aunque no trabajase para las fuerzas de seguridad),



no le agrada la gran cantidad de punkabestia que hay por las calles, es decir: mendigos de estética punk que se hacen acompañar de uno o varios perros. En sus rondas por la ciudad suele toparse con muchos. Recientemente vio dos que habían colocado delante del animal un cartón con el siguiente rótulo: «Una moneda, por favor. Tengo que alimentar a cinco cachorros y además a estos hombres». A su compañero le hizo mucha gracia; a él, ni pizca, y menos aún que a continuación soltase que Roma seguía fiel a sus orígenes, comparando a esos dos indigentes con Rómulo y Remo. Aquello le recordó a su mujer, que también había adquirido esa extraña manía por mezclar las cosas sin ningún orden.



■ Al mediodía, mientras revisaba las instalaciones antes de cerrar, uno de los empleados del Archivo Secreto Vaticano ha encontrado en el reverso de una de las puertas del aseo masculino la siguiente incisión: «Te deseo». Esa misma noche, ha vuelto a soñar que el investigador de manuscritos bizantinos conseguía desentrañar con sus caricias todos los secretos de su cuerpo. Sobre las cinco de la madrugada, un fuerte ruido proveniente de la calle lo ha expulsado del sueño. Ha comenzado entonces a masturbarse con la misma urgencia que anunciaban las sirenas que, poco a poco, se iban aproximando.



■ Desde hace varios meses se ven a escondidas. Acompaña a Laura hasta el portal de su casa, o bien se despide de sus amigos argumentando cansancio, e inmediatamente se dirige hacia Via Corinto, en Ostiense, para encontrarse con

ella. Se aman en silencio para no molestar a sus compañeras de piso, se miran en silencio para no incomodarse con palabras, desearían que el mundo se quedase mudo y quieto por un momento, pero siempre hay una sirena perdida en mitad de la noche o el aullido de un perro inquieto que se cuele por la ventana y les desvela. Cuando esto sucede, él sabe que debe marcharse. Recoge sus cosas sin decir nada, pues cualquier palabra que pronunciase sonaría como una ofensa. Antes de salir, no obstante, la deja algún mensaje sobre el espejo que hay en la pared. «Descansa, mi amor», escribe con el pintalabios de ella. Se siente un cretino mientras lo hace, y sin embargo no sabe por qué le atrae tanto la imagen que le devuelve el cristal, esa en la que un cretino dibuja la silueta reflejada de una muchacha desnuda que, sumergida en el fondo, aparenta estar dormida.



■ Al pasar por el Puente Palatino, la programadora informática se ha encontrado con un pequeño monumento en recuerdo de alguien fallecido allí recientemente. Le ha llamado la atención que, junto a las flores y las velas, amarrado a la barandilla del puente, hubiese un pequeño espejo enmarcado en el que se leía «Descansa». Ha pensado que si el finado fuera su marido, tendrían que colocar adornos imantados para la nevera. Horas más tarde, cansada ya de estar frente al ordenador, le ha vuelto a asaltar la imagen del puente. Se ha preguntado, entonces, si las generaciones futuras sentirán la misma emoción cuando los epitafios de sus tumbas estén escritos sobre una pantalla digital.





■ El tumultuoso y fecundo devenir de Roma ha dejado un legado de maravillas invisibles y aparentemente desconocidas, como los cantucci, o diablos de los rincones. La tradición los relaciona con las malas artes de un papa, que les habría consentido entrar en la ciudad a cambio de ser nombrado Sumo Pontífice. Este pacto se habría firmado (todo según la leyenda) bajo el impasto inicial de yeso de alguno de los innumerables frescos que decoran las iglesias y palacios romanos. Se dice, por ello, que los cantucci habitan en las paredes (preferiblemente en los ángulos de las esquinas), confundidos entre el enlucido y la pintura. Es difícil saber dónde se hallan exactamente, ya que su carácter voluble les hace cambiar rápidamente de lugar. Los expertos afirman, no obstante, que es posible identificar los rincones donde se han alojado, pues estos aparecen decolorados de un día para otro. También son reconocibles por el irresistible impulso con que las parejas se entregan a la lujuria sobre los muros que los acogen. Incitar al apetito carnal es uno de sus dos mayores divertimentos. El otro, menos amable, consiste en seducir a los ángeles de la guarda. Esto ocurre a altas horas de la madrugada, cuando, en su búsqueda de una nueva pared, se cruzan con un alma despistada y un ángel custodio fácil de tentar. En estos casos, la incauta víctima del robo, ya sin el amparo de su protector, acaba fácilmente cayendo en las garras de la muerte.



■ Él fue uno de los agentes encargados de retirar, días atrás, los cientos de “candados del amor” que permanecían anclados a las farolas del puente Milvio, célebre hasta ahora por haberse librado allí la batalla entre las tropas de Constantino y las de Majencio. En los últimos tiempos se le conoce también por ser el lugar elegido por los enamorados para llevar a cabo un rito urbano muy extendido: en una especie de conjura contra el tiempo, amarran en las farolas un candado donde figuran sus nombres (algunos escritos con rotulador y letra aún infantil, otros grabados en una joyería) y luego lanzan la llave al río. De esta manera el vínculo amoroso se supone irrompible. La primera impresión que tuvo cuando lo vio, fue la de encontrarse ante árboles propios de la ciencia ficción. La farola asemejaba un tronco del que pendían, a través de ramas hechas cadenas, un sinnúmero de candados a modo de frutos. El peligro de que alguna se desplomase debido al excesivo peso había motivado, según las autoridades, su “poda”. Más que un jardinero, en aquel momento se sintió un dios cruel dispuesto a contrariar los deseos de los mortales. Mientras llevaba a cabo su tarea aprovechó para observar algunas de las inscripciones. Una de ellas le resultó familiar, contenía el mismo dibujo que llevaba tatuado el joven que sacaron del río diez días antes y quince puentes más allá. ■



CARRERA DE MAGISTERIO  
Y CARRERA DE MÚSICA.  
1965-68

ALEJANDRO  
YAQÜE

■ En septiembre de 1952, a los cinco años, mi padre me llevó a la escuela unitaria de Santa Cruz de Juarros. En la época de la dictadura franquista no se permitía la coeducación y en este pueblo había dos escuelas: una escuela unitaria de niños y otra unitaria de niñas. Burgos era, y es, la provincia española con mayor número de entidades locales, pero eran tan pequeñas, que en la mayoría de ellas existía una escuela unitaria con una gran sala donde estábamos todos los niños con distintas edades.

Allí los maestros hacían lo que podían. Su cometido fundamental era enseñar a leer y a emplear las nociones fundamentales de "Aritmética". Aquello de que "la letra con sangre entra" tenía su lógica, aunque la sangre fuera la del maestro. Ir llorando a casa diciendo que

le había pegado a uno el maestro, podía ser causa de que, además, tus padres te propinasen una buena zurra para que te sirviera de escarmiento. Uno tenía que saber que el maestro siempre tenía la razón, aunque no la tuviese. En el fondo, siempre se le consideraba una persona sacrificada, muy trabajadora, muy honesta y ejemplar hasta desde el punto de vista religioso. No olvidemos que tanto la enseñanza de la Historia Sagrada (asignatura que nunca entendí y que siempre odié) y del catecismo, eran materias que ocupaban gran parte del horario escolar.

También tenía su lógica el dicho "Pasar más hambre que un maestro de escuelas" porque demostraba la pequeña paga que recibía del Estado español (Ministerio de Educación Nacional) por ejercer su



profesión. La gente lo sabía, y era normal que el día en que los vecinos de un pueblo celebraban la matanza del cerdo, reservaran una "propina" para el maestro.

Nada más entrar en la escuela me preguntó don Abilio, si yo ya sabía leer. En aquellos tiempos muchos niños aprendíamos a leer en casa con nuestros padres y antes de llegar a la escuela ya teníamos nociones fundamentales de lo que allí se enseñaba. Eso facilitaba la tarea docente, porque desde el primer instante ya tuve que hacer de maestro de mi compañero de pupitre. Una vez finalizado el bachillerato superior en el "insti" de Burgos, en junio de 1965, me encontré con el problema de elegir una carrera. Aunque mi vocación era la musical y lo único que quería ser era músico, tenía que elegir otra carrera, porque en aquellos tiempos yo, que tenía 18 años, no había cursado ningún estudio musical en un Conservatorio. Mi cultura musical era bastante sólida, pero totalmente autodidacta. A partir de entonces tenía que hacer todos los estudios musicales de forma ordenada y, mientras tanto, simultanearlos con otra carrera. Eso exigía que al mismo tiempo que terminaba mis estudios de Magisterio completaba todos los estudios musicales examinándome como alumno libre en el Conservatorio Profesional de Valladolid.

No me quedaba más solución que elegir la carrera de Magisterio. Entonces se solía decir que esa era una carrera "para los hijos listos, de padres pobres, y para los hijos tontos, de padres ricos". Muchos de los alumnos que estudiábamos Magisterio coincidíamos en varios puntos: o habíamos nacido en los pueblos de la provincia de Burgos, o habíamos estudiado con los frailes. En muchos casos los estudios de Magisterio servían de

trampolín para que posteriormente uno continuara con los estudios de una licenciatura. En Burgos había pocas posibilidades de elección; o estudiabas la carrera de aparejador, o la de Comercio, Obras Públicas, o Derecho en una academia, o te decidías por la enseñanza. No es extraño que toda una generación de maestros de aquella época tuviera un amplio y brillante currículum y después de estudiar en Burgos se fuera a Valladolid, Madrid, Bilbao, Barcelona, Bélgica o Brasil. Mi generación fue la penúltima de la época dura de Franco. El Ministerio de Educación a partir de octubre de 1967 puso en marcha otro plan de estudios que después ha ido teniendo muchas variantes. En la actualidad ya existen varias especialidades que hacen mucho más cómoda esta carrera. Había que ver entonces la cantidad de alumnos que pasaban malos ratos por no tener conocimientos de música, matemáticas o química, por no tener aptitudes necesarias para aprender educación física, o por tener dificultad con los idiomas.

Una vez terminada la carrera de Magisterio en junio de 1968, con su respectiva reválida, con unos doscientos cincuenta temas de todas las especialidades imaginables (me río yo de las oposiciones a notaría) y con sus respectivas oposiciones (de tres ejercicios eliminatorios) en 1970, y después de haber ejercido un año en el colegio Alejandro Rodríguez de Valcárcel, de Burgos (1970-71) me tocó como destino definitivo el pueblo de Santibáñez Zarzaguda. En ese momento pedí la excedencia para dedicarme totalmente a la música. Así pues, a partir de entonces me propuse una nueva meta nada fácil de conseguir: marcharme a Madrid para continuar los estudios superiores de música. ■





## AL NORTE DE YUCÓN

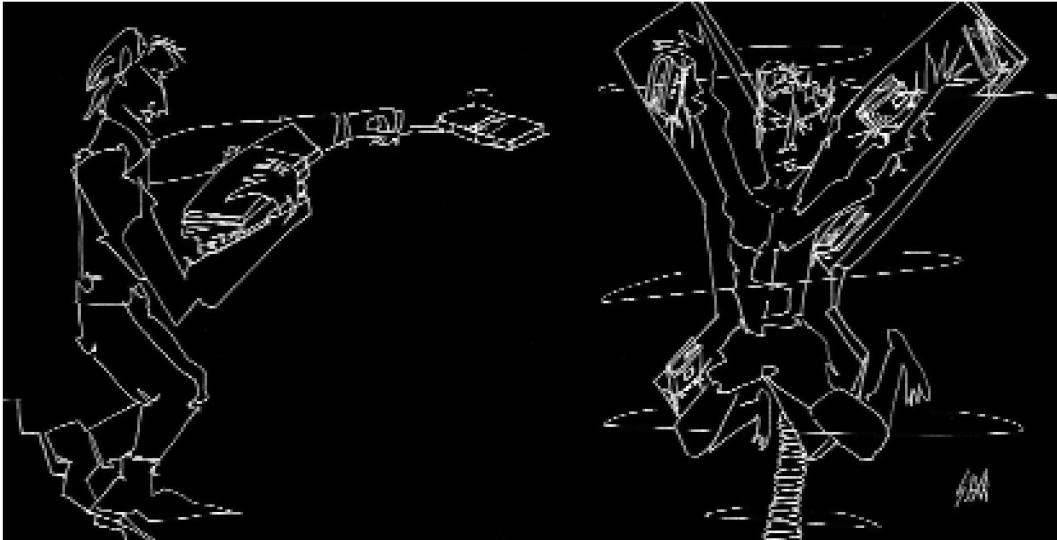
Eduardo  
NABAL ARAGÓN

■ Un texto teatral de Eduardo Nabal basado en un relato original de David Lorenzo Magariño.

*(El “chamizo” o local donde ensaya un grupo musical juvenil. A la izquierda los instrumentos, sin sus dueños, sobre una tarima, en semipenumbra. Un cartel o una tela negra encima de “la orquesta”, en letras blancas, donde puede leerse “Sin ley” y verse dibujada la imagen de un chico joven tocando la guitarra en posición viril y agresiva. Estos elementos enriquecerían el monólogo pero no son imprescindibles. Sí es imprescindible, no obstante, la presencia de un sillón raído a la derecha, sobre el que cae toda la luz, donde se encuentra Vanesa, que está acabando de vestirse. En un extremo del sillón un casco de moto negro, con pegatinas, sin dueño. En el otro, su bolso, un bolso pequeño y con lentejuelas. Ella, sola en el escenario, se levanta del sillón pesadamente, se atusa un poco el pelo, se ata la blusa y la falda, se ajusta el cinturón. Está cansada y se la ve algo abatida, pero comienza a hablar, alternativamente al público o al casco -sobre todo cuando dialoga, figuradamente, con Jorge, su chico-. También puede, en determinadas partes del monólogo pasearse por la orquesta, compuesta por una batería, una guitarra eléctrica, dos baffles y un sintetizador, acariciar o abrirse paso entre los instrumentos - particularmente la guitarra-, pero sin perder de vista ni alejarse mucho ni del sillón y ni del bolso, ni del casco. En la parte final del monólogo se acercará más al público).*

VANESA: Ya teníamos que vestirnos, porque Ramón y sus amigos llegarían enseguida y no era plan que nos encontraran desnudos, o así, a medio

vestir, con la ropa desencajada y un preservativo con un nudo del que teníamos que deshacernos. Yo me ofrecí a guardarlo en el bolso (*lo señala*), porque no era plan, no era plan pasarse de la hora y que Ramón y sus amigos nos vieran a los dos con esta pinta. Que no somos animales en celo, Jorge, que no. (*Pausa*). - *Bastante que nos han dejado el local -decías tú, celoso de tus amigos-. Y por eso tenían que saberlo todo, Ramón y sus amigos. Porque si no no nos lo dejan. (Pausa. Vanesa se muestra desafiante pero, progresivamente más dolida y abatida).* Pues vaya, y a ellos qué hostias les importa lo que hagamos, tú y yo. ¿No eras tú parte del local y de ese grupo musical, los “Sin ley”? Que sí, que nos lo habían dejado, pero era hora de irse ya. No éramos bestias, no éramos como los osos que yo veía en los documentales de la dos, no éramos como animales en celo, como esos osos que cazan salmones en los afluentes del Yucón; éramos seres humanos, con sentimientos humanos. Pero, ¿qué importaba ya eso? Había que vestirse, y rápido, yo tenía que guardar el preservativo amarillento en mi bolso, y salir corriendo los dos para no encontrarnos a nadie allí, porque a las ocho empezaría a haber un desfile de miradas paladeando que había una virgen menos en el mundo, y que tú me habías follado. Eso no era plan, Jorge. (*Pausa*) Pero tú, que no, que no, y dale, que diez minutos más, que te estoy mamando los pezones. Jorge, joder, vete a la mierda, de haberlo sabido jamás de los jamases habría hecho aquello. Y tú ¿Qué pasa? no es para tanto. Que “yo me había portado” y que si había sido o no había



*sido un buen polvo, que por qué me quedaba tan callada, ha sido un buen polvo ¿No? Yo ya entonces pensaba en dejarlo, sí Jorge, en cortar contigo y con los "Sin ley" cuando saliéramos zumbados de allí y tú te pusieras los calzoncillos porque yo llevaba ya una hora con las bragas subidas y tú, aquí, sentado, enseñando tu pene flácido, no se a quién, y después aún el "fruto" de la pasión bien guardado, dentro de mi bolso. Y tú, dale, que ¿Por qué me había quedado callada? Y que si ahora resulta que no había sido un buen polvo. Yo era la primera vez que lo hacía, y me hubiera gustado sentir del todo, no sólo a medias, y quedarnos un rato abrazados, sólo un ratito, en tus brazos, un pedacito de ternura. (Pausa; se muestra indecisa, confesional). Pero no te lo podía decir eso yo allí, no podía, como iba a poder, con Ramón y sus amigos asediando ya el local. No era plan, no era plan, y todo empezó en la gasolinera a comprar los condones. ¿No habías tenido toda la semana para hacerlo? (Enfadada) Joder, no, no podías haberlo hecho antes y ahorrarme la mirada cómplice, febril, insana que te echó el tío de la gasolinera al pasar el*

*código de barras por el lector láser del paquete de cigarrillos y la caja de condones. Yo entonces, ya había empezado a sentir un crujido en las tripas, como una advertencia maligna, como un signo de decepción en la mirada del tío de la gasolinera. (Se toca el vientre con suavidad, un instante, y retira la mano). Se me habían pasado ya las ganas cuando estábamos aquí y me gritaste: ¡Bájate las bragas! Aunque luego me dieras un beso para arreglarlo. ¡Quítatelas, quítatelas!*

Como una orden proferida por el deseo, el hambre, la voracidad, me dolían las sienes (se toca la cabeza con dos dedos), oía el martillear en las sienes de la sangre reculando hacia abajo, hacia tus zonas íntimas, porque las mías, yo me había dejado todo limpio para ese día, sin una brizna de pelo apenas, más pura y más blanca que nunca, y tú solo me lamiste y cuando me pasaste la lengua por el cuello fue como si me pasaran una lija o un estropajo, como las garras de los osos que cazan salmones en los afluentes del Yucón, cómo un pájaro que escapa y deja su jaula tristemente vacía, y antes de eso, antes de eso, la prisa, la prisa porque me



desnudara, me lo quitara todo, como si fuéramos a rodar una mala peli porno o nos pagasen por horas. Sí, eso ya había sido definitivo para mí y entonces pensé en decirte algo como que me dolía aquí, allí, en la tripa o me había bajado la regla. *(Pausa)* Algo parecido para no tener que quitarme de una vez las botas de tacón, las medias, la falda, todo, todo, como si fuésemos animales y no seres humanos, a todo correr, y yo, en el fondo, sintiéndome llegar al fin del mundo, y tú tratándome como si fuera un pecado ser virgencita, como si hubiese prisa por santificarme, mamarme el pubis recién depilado, morderme los pezones y meterme tu miembro, torcido a la izquierda. Te vi venir desde la motocicleta, en la mirada del hombre que nos abrió las puertas de la Nave, aquel hombre calvo y con perilla mal recortada, que nos miraba a los dos y sonreía sin parar, como si se le hubiese quedado la sonrisa congelada, en el rostro, en las zonas frías, allí donde cazan los osos, como si hubiera esperado nuestra llegada durante años y fuese un celador, un cancerbero de la voracidad..., ya desde aquel hombre te vi venir, desde ese hombre y el de la gasolinera. *(Pausa)*

-Nada más. ¿Esto es todo?

*(Dirigiéndose al público, con suavidad).*

-Nada más, ¿eso era todo? *(Pausa).*

Y tú que *qué más quería yo*, ¿había sido o no un buen polvazo? Porque hacía diez minutos que no me salían las palabras de la boca y antes sí me habían salido, porque Marta me había dicho que lanzase esos quejidos, que diera esos grititos, porque entre las dos habíamos estado ensayando los jadeos, ahhh, ummm, *(breve pausa)* porque las dos habíamos decidido hacerlo el mismo día. Marta me decía: *Si sale mal, yo no puedo decirle a Emilio que ha*

*salido mal.* Y, en el fondo, era miedo lo que tenía Marta, miedo de que no le gustase, de que Emilio no llegase a ser el hombre de su vida y eso ella ya lo intuía, pero, yo pensaba, no es lo mismo con Jorge. Y pensé en Marta y en si ella también tenía el fruto dentro de su bolso, si se subía las medias y volvía a ceñirse el sujetador, se ajustaba la falda y ahora tenía las mismas prisas que yo, metidas en el cuerpo, y tú, Jorge, sí tú, con tu miembro ahí, colgándote como un exiguo racimo de dátiles a la luz que yo había encendido y tú ya habías apagado, cuando al entrar me soltaste: *Así mejor, nena*, y nos quedamos a oscuras. *(Pausa. Cierra los ojos y vuelve a abrirlos, se acerca un poco más al público).*

Entonces mi desencanto ya se había transformado en trampa *(se agarra a su cintura)* y yo quería rescatar mi cuerpo, inventar un camino de huida, un agujero por el que rescatar mi cuerpo de la oleada de empujones, de todas las palabras malsonantes que soltaste, de tus lamidos de lija en el pubis y en las axilas, también en las axilas. Y ahora, además, los amigos de Ramón y Ramón mismo, que me mirarían todos como a un florero en el cual arraiga una rosa negra, una pequeña mancha de sangre, un coñito bonito para apostarse jugando al mus. Pues Jorge, Jorge, tú no eras lo que se se decía mi novio, y repetías *(se vuelve hacia el casco y vuelve a mirar al público)* bueno nena, pero ha sido un buen polvo. *(Pausa)*

-Nos quedaban diez minutos, antes de la llegada de los bárbaros con sus litronas y de que me dijerais con vuestras miradas que yo sobraba allí, que tenías que ensayar de verdad. Que a lo mejor hasta grababais un tema. Vaya tema. Diez minutos quedaban y todos los segundos me azotaban la conciencia. Si lo supiera mi madre, aunque quizás ella ya lo sabía



de sobra, quizás era ella cómplice discreto de todo aquello, hasta igual ella había preparado el clavo con que me enganché la falda nada más entrar en el local ¿te acuerdas? (*se toca la falda*). Aquél clavo esperando su cita con mi falda, como una prueba más de que yo estaba equivocada, no contigo solamente, Jorge, sino con la vida entera, y aquel enganchón, aquel agujero en mi ropa venía a ser como el “cuerpo del delito”, una evidencia ridícula y pequeña de mi delito. Por eso te quedaste mirando como un pasmarote mientras yo intentaba desengancharme sin rasgar la falda, impaciente, esperando, *quítatelas, quítatelas, quítate ya la falda y déjala ahí, que me gusta, me excita, nena.*

Como si fueses el cantante de una banda de músicos desvergonzados, excitados todos ellos, masturbando sus instrumentos. Y para mí la masturbación es mucho mejor que aquello Jorge, aunque Marta dijera que ella prefería sentirlo todo al mismo tiempo, todo con Emilio y no reservarse cosas para ella misma, claro que Marta era muy suya cuando quería. Para mí mi dedo, mis dedos funcionaban perfectamente, eran más un instrumento de mi voluntad que aquel colgante tuyo, hambriento de descarga y de sopor, aquel miembro ya engordado, cuando lo vi, por primera vez. La vez que te había hecho una paja no contaba, sólo había tocado, no había visto y ahora me daba cuenta de que tenía un tufo extraño, mezcla de orín y sudor, como una barra rancia de fuet, como un pedazo de embutido amargo o caducado y yo no quería probarlo, porque su textura me parecía ya rugosa, cálida y odiosa, a pesar de que tu me lo habías pedido ya: *chúpamela, chúpamela*. Yo no estaba dispuesta a rendirme del todo, y al menos me reservaría eso para mí misma, porque

en el fondo ya me dabas igual cuando te estabas medio corriéndote dentro de mí, y aquel empujar para adentro y yo separando las piernas para darle cabida, y tú lengua de lija en mis pezones. Ah nena, si tú seguramente eras, te sentías entonces una estrella del rock, tocando la guitarra. Y una vez habías dicho a tus amigos “*esto es como un coñito, la guitarra es como un coñito*”. *Como un coñito suave al que había que tocar suavemente, saber tocarla.* (Pausa) Dios mío, qué estupidez, Jorge, qué tontería, cómo iba a ser la guitarra como mi coñito; si por lo menos supieras tocar bien la guitarra. Tú ya te mosqueabas *¿qué pasa? ¿qué estás pensando tan callada?* Y yo, *vístete, vístete, que nos vamos*. Y tú que *no hay que ponerse así, que no sé como explicarte las cosas, que si no había sido, coño, un polvo sensacional*. Pero ya era la hora de irse. Venían Ramón y los otros y me iban a encontrar, eso habías decidido ¿verdad Jorge? Pues no, yo había decidido que no, que jamás de los jamases, que ya había pasado todo, el láser de la gasolinera, la sonrisa complaciente del calvo con la perilla que había abierto la puerta de la Nave, el desgarrón de la falda, que, al final, con las prisas, me hice un pequeño siete. Porque tú no parabas de decir *¡quítatela! ¡quítatela!*, y así no era plan, y el dolor en mis entrañas cuando me penetraste, la mancha de sangre, el condón dentro del bolso. Quería que te vistieras de una puñetera vez, nos vamos o por lo menos me voy yo, te grité. Y tú, el colmo, *que si no quiero saludarles*. No, ¿para qué? Para que una docena de miradas me tuvieran en vilo. Yo dije que me iba y me importaba un carajo si eran o no tus amigos o los amigos de cristo, mierda. Y tú que *¿A dónde? ¿A dónde tan temprano?* Pues a casa, con la motocicleta, quería que me llevaras a casa de una vez. Y tú *¿a estas horas? Ni que fueras la cenicienta...*

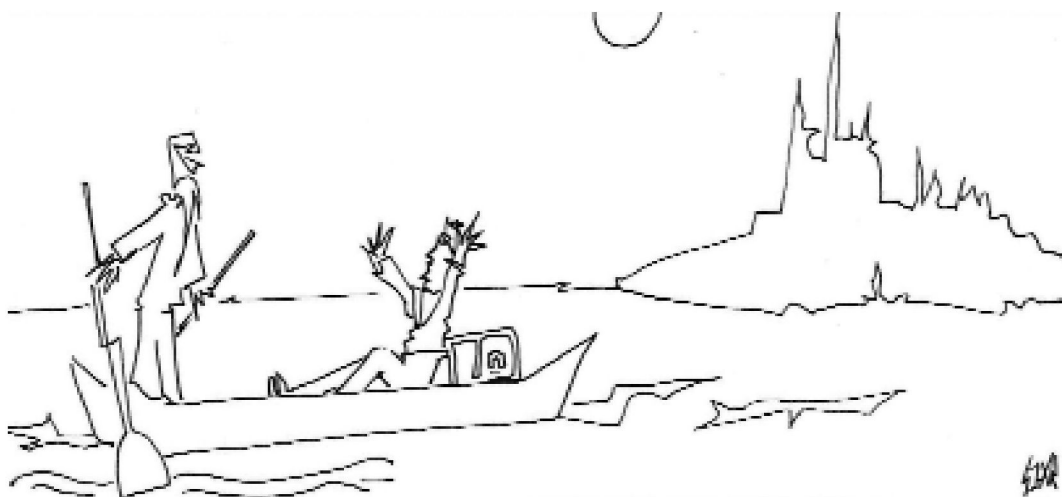


Y esas palabras desataron algo dentro de mí misma, alguna ligazón asfixiada, pues recordaba la película y el miedo que me daba el gato de pequeña, y tuve un pequeño mareo, se derrumbó mi corteza de decisión y aplomo y me eché a llorar como una tonta. Y tu que *qué me pasaba, que no pasaba nada, que si me te pones así sí que te llevo a casa y se acabó* y te pusiste, por fin, los calzoncillos, los calcetines, la camiseta, el abrigo, las zapatillas de deporte. Me sequé las lágrimas, con disimulo, en el retal de la falda que se había desprendido con el clavo, porque tú, claro, no tenías pañuelos, ni un kleanex que ofrecerme, y en uno de los locales de al lado ya empezaban a tocar (*canta, con voz desgarrada*).

*-Dámela, dámela, pásamela, baby.*

Y aquella música, aquella letra casi me hicieron llorar porque yo quería que todo acabase bien y, de pronto, que tú no te decidías a salir, ni te ponías el casco, ni nos íbamos de allí. Pero salimos. (*Coge el bolso*). Había luna creciente y una ensalada de constelaciones y allí estaba en la puerta, el mismo hombre de antes, calvo y con perilla, que nos deseó las “buenas noches” con una sonrisa algo

torcida, y llegamos al aparcamiento y tú pusiste en marcha la motocicleta y yo detrás, sin casco, muerta de miedo, agarrada a ti, odiando el cuerpo al que me aferraba para no matarme. (*Se oye el ruido, lejano, de una motocicleta*). Pero tú no oías mis lágrimas, ni sentías mi temblor, todo se lo llevaba el ruido del motor, el viento y la noche, sin que te dieras cuenta. Y yo me apretaba, más y más, pese a todo (*Se aferra a si misma y cierra los ojos un momento*). El viento, el frío, la noche, las calles que me reconocían. Nos dimos las buenas noches en la puerta y yo tenía que llamar a Marta y decirle que yo no era como la cenicienta, para poder llorar y que ella me hablara de Emilio. Pero sabía que Marta me mentiría, y diría que todo había salido perfecto, diría que había sido genial porque ella ya temía que él no fuese el hombre de su vida. Yo quería subir a casa y borrar de la historia el local de Ramón, borrar del mapa a los “Sin ley” y tú te despediste otra vez y me metiste tu lengua de estropajo hasta el paladar y yo me atraganté, casi vomité, corriendo hacia el portal, como una cenicienta vulgar, que se ha dejado su zapatito de cristal, y el zapatito, bien lo sabía yo, lo llevaba en mi bolso, anudado y amarillo. En eso pensé



mientras el ascensor alcanzaba el segundo, el tercero, se va a atascar, qué se va atascar si no se había atascado nunca, el quinto y, por fin, por fin el sexto. (*Abre el bolso, lo explora y lo vuelve a dejar sin dejar de hablar*). Y al abrir el bolso y buscar las llaves de casa de nuevo aquel olor amargo, había que sacar las llaves y abrir con mucho cuidado para que no se despertara el perro y empezase a ladrarme, pero ya había ruido dentro, voces desconocidas, el televisor encendido y mi madre delante con el mando en una mano, y una zapatilla en el suelo, y me dijo: *¿Qué tal te lo has pasado?* Y yo, muy bien, muy bien. Y ella *¿Por qué vuelves tan pronto?* Porque estaba cansada, agotada y porque creía de verdad que había perdido el zapatito. Y ella *tienes mala cara ¿estás bien?* Y yo pensando en el zapatito, en si me lo había dejado en el bolsillo de atrás o en el bolso y dije: *Me voy a dar una ducha*. Y ella *ya te has duchado antes, ¿Qué te ha pasado en la falda?* Y yo, o alguien que no era yo, le soltó: *¿tú qué crees que me ha pasado en la falda?* Y eso la hizo enmudecer y cambiar el canal de la tele, como si estuviera viendo muchos programas a la vez. Me encerré en el baño, con abrigo y todo, me desnudé rápidamente, me mire el cuerpo en el espejo, y pensé que ya no era mi

cuerpo, que me lo habían canjeado como los tickets en el supermercado, el lunes tendría que ir a trabajar. Dejé correr el agua de la ducha. (*Oímos hasta el final del monólogo, el sonido firme del agua de la ducha*). Y mi madre escuchando, en la puerta, *¿estás bien? y ¡abre la puerta por favor!* Y yo no la abría, porque no me daba la gana, y en cambio salí de la ducha, abrí el bolso cogí el preservativo anudado lo sostuve entre mis dedos y lo deje caer sobre el agua del váter con un *chof* de explosión. Y mi madre *Vanesa, me estás asustando*. Y sí, era cierto, hasta yo parecía asustada y temblorosa cuando cogí el pomo de la cadena y tiré hacia arriba, descargando un torrente de agua sobre el zapatito, el humeante sudor de un pequeño racimo de dátiles. (*Se oye, levemente, bajo el sonido de la ducha, el ruido de la cisterna*). Y yo me dejé caer en el suelo (*se sienta en el suelo con las piernas encogidas*), desnuda, pensando, *¿dónde irá a parar, donde?*, y me dije, que lejos, que muy lejos, (*mira hacia lo alto*) hacia arriba, donde los osos cazan salmones, tan lejos como fuera posible, aún más lejos todavía, al final de la tierra, donde los osos y los salmones, al norte, muy al norte, sí, al norte del Yucón...

Fin del monólogo ■





# CUENTOS PARA ANGELES

MARTA  
MARTÍN

## JAIME LLEGA AL PUEBLO

■ El día que mi padre tuvo la peregrina idea de hacerme hombre de campo o quintero levantó la casa de Villa Luro y con la idea quemándole en el cuerpo nos fuimos a Ministro Rivadavia, donde la casita de fin de semana se convirtió en mi hogar. Aunque solo fueron unos pocos años aquél fue mi verdadero hogar de infancia.

Yo tenía diez años.

Pleno campo, caballos, árboles frutales, gallinas, verduras, vacas y un tambo. Ahí, en ese pueblo que me bordó el destino para siempre, terminé la escuela primaria y empecé la secundaria.

En el pueblo había un tambo: EL TAMBO DE LOS URRUTIA, vascos, como casi todos los tamberos de mi país.

Los Urrutia vivían juntos, hermanos, primos, padres y parientes en una suerte de caserío acriollado al que un buen día llegó Jaime. Un jovencito de diecisiete años con el encanto de los bajados del barco, con la alegría y el deseo escondido de comerse a la América recién estrenada.

A Jaime se le había muerto su abuela allá, en el pueblo, entonces, estampilla y Buenos Aires.

Llegó un día cualquiera y otro día cualquiera lo subieron al carro, con bombacha, boina y alpargatas a gritar: ¡¡Leche, el lechero, leche!!... por las calles

polvorientas de mi pueblo. Así conocí a ese muchachito que modificó mi infancia y la desplazó hacia la adolescencia.

Jaime iba y venía entre la dureza del monte y un dejo de mórbidas jotas aspiradas y concretas que ponían en vuelo a las ces y zetas soleadas y calmas. Mundo de niños, mundo de campo, donde todo era dado y sencillo.

Escuchar “decir” a Jaime, me asomaba a un mundo que yo intuía muy mío.

Con los meses se compró una moto y una campera de cuero negra. Los viajes al centro, el cine y la escuela nocturna se infiltraron en su vida y ocuparon un lugar.

Dejar de ser “el gaita del colegio” le habrá costado tanto esfuerzo como cruzar los mares y quizá más.

Pero un buen día, Jaime cumplió con Dios, con el Universo y con esta servidora de Usted.

Los tiempos eran difíciles, el gobierno estaba en crisis y los paros y las huelgas eran moneda corriente. Así fue cómo una tarde me encontré en la Terminal del ómnibus “San Vicente” sola y sin un colectivo que me devolviese a casa.

Pensaba y no se me ocurría nada, empezaba a sentir miedo, cuando, como salido de la magia apareció Jaime en su moto gritando desde la calle: -¡¡Qué haces ahí, Irene, están de paro, ven que te llevo!!

¡¡Con qué espontaneidad, con qué descuido, con qué absoluta impiedad dijo todo aquello!!

En un instante los consejos de mamá, las voces de mi tía, todos los buenos consejos que suelen darse a las jovencitas se agolpaban en mi mente, y parecían pegarse al cuerpo.

Eran los años sesenta.

La inercia de lo inefable me encaramó a la moto, me abrazó a la espalda más espalda de todas las espaldas, y con el corazón a punto de estallar me dejé llevar por Jaime y por el viento.

Fue mi aventura, única, indescriptible: LA PRIMERA.

Que, como habrás de suponer, terminó frente a la tranquera de mi casa cuarenta minutos después.

Yo tenía doce años.

Muchos años después, más cerca de éstos que de aquéllos, me encontré con Jaime en plena ciudad de Buenos Aires. Ya no tenía acento, su rostro se había ajado y andaba en coche. Iba con su prima, mi compañera de banco. Hablamos del pueblo, de la gente y de que ahora todos los tambos dependían de La Serenísima, y que él se había casado con la chica menor de los Gotilla.

Entonces con un vértigo todavía infantil de corroborar una verdad sin remedio, dije: - ¿Sabés Jaime que es lo que más recuerdo de vos?, aquel día que me llevaste en moto desde Adrogué hasta el pueblo.

Buscó en su memoria, como repasando un fichero, y sin cambiar el tono y sin alterar la mirada dijo: NO ME ACUERDO.

Eran los años noventa. ■

## PEQUEÑO DICCIONARIO ILUSTRATIVO

**Quintero:** Hombre que se dedica a las labores del campo, en especial a la huerta.

**Villa Luro:** Barrio de la zona Oeste de la ciudad de Buenos Aires.

**Ministro Rivadavia:** Pueblo de la provincia de Buenos Aires.

**Tambo:** Se llama así a una explotación lechera; se llama tambero al que tiene vacas para leche.

**Bombacha de campo:** Pantalón de trabajo parecido a los bombachos.

**Campera:** Abrigo corto que puede ser de cuero o tela de abrigo.

**Colectivo:** Autobús.

**Tranquera:** Portón de campo, hecho de madera y siempre exterior.

**La Serenísima:** La empresa lechera más importante de Argentina.

**Adrogué:** Pueblo de la provincia de Buenos Aires y cabeza de partido.

**Estampilla:** Sello postal.



## VERDE FAROLILLO

(HACINENSE) | FELISA  
DE JUAN

Un puñadito de esperanza  
quisiera rescatar,  
de este tiempo vivido.  
Que se salve,  
de este naufragio de los sueños  
el más pequeño al menos.  
Que como verde farolillo  
le diga al alma,  
que algo se mueve,  
que no todo es baldío.  
Que no se quede la esperanza rota  
entre mis manos,  
como maltrecho pajarillo.  
Que esta tristeza persistente  
no gane al fin.  
Que todo no se borre en el camino.  
Un puñadito de esperanza quiero  
para soñar...  
Un puñadito.

## COMO UN SUSPIRO

La agonía de la tarde me estremece,  
la agonía de la tarde se hace mía  
y su luz se desvanece.  
¡Ay! Su agonía, mi agonía.  
Yo le pongo a esta tristeza,  
que se mueve entre mis manos temblorosa,  
el silencio de una música que reza  
y el aroma de una rosa.  
Tu agonía, dulce tarde, me ha mirado  
como miran las estrellas desde el cielo,  
tu tristeza me ha besado  
me ha besado, que más quiero.



# DISERTACIÓN FILOSÓFICA: ¿ES ÚTIL Y NECESARIA LA FILOSOFÍA EN LA ACTUALIDAD?

| VIRGINIA  
| AHEDO GARCÍA

■ El hecho de si la filosofía tiene o no cabida en la vida moderna es un tema de candente actualidad y por lo tanto, que merece ser abordado de un modo extenso en una disertación como la presente, en la cual, trataré de hacer una argumentación con el mayor rigor y la mayor coherencia posibles.

La filosofía surgió en la antigua Grecia en el siglo VI a.C. con Tales de Mileto, y desde entonces hasta nuestros días, las grandes preguntas que han preocupado a la humanidad y a los filósofos han sido las mismas: *¿cuál es el origen del universo?, ¿cuál es el sentido de nuestra vida?, ¿existe Dios?, ¿cómo puedo ser feliz?, ¿hay vida tras la muerte?, ¿qué puedo llegar a conocer?*, y un largo etcétera. Y lo cierto es que la variedad de respuestas a dichas preguntas, ha sido y sigue siendo inmensa. Pero ya antes del nacimiento de la filosofía, el hombre se preguntaba acerca del mundo, de la vida, y trataba de dar respuesta a sus cuestiones mediante mitos, historias en las que inventaba dioses para explicar cada uno de los fenómenos que ocurrían y que se escapaban de su conocimiento, de lo que ellos comprendían.

Desde que vino el desarrollo tecnológico e industrial, los hombres interpretamos el mundo dentro de categorías técnicas y científicas, como un conjunto de objetos manipulables entre los que está incluido

el ser humano, tal y como afirma Erich Fromm. Lo cual no es ni más ni menos que una nueva forma de prejuicio, aceptamos inconscientemente teorías que se dan por sentadas o que se han absorbido del ambiente intelectual en que vivimos, o de la tradición.

Si hoy sigue abierto el debate sobre la utilidad de la filosofía en un mundo en el que impera una concepción científica de la realidad, llena de prejuicios incorporados como ciertos sin ser cuestionados, es porque todos creíamos que la tecnología nos iba a librar de nuestros problemas y miserias, pero lo cierto es que no es así, los números y la técnica no resuelven problemas humanos tales como la violencia, el terrorismo, el logro de la felicidad..., la ciencia no nos ha solucionado la vida como nosotros creíamos, y es por eso por lo que hoy y cada vez más, vamos de nuevo en busca de la filosofía, del reencuentro con ella.

He de decir que yo siempre he pensado más allá de lo que la sociedad asume por correcto, me he planteado distintas respuestas a las ya dadas, pero todo esto de un modo más o menos inconsciente, sin saber que lo que verdaderamente estaba haciendo era filosofar. Según dice Bochenski, *“todo hombre tiene momentos en su vida en que se convierte en filósofo”*, y es algo con lo que estoy profundamente de



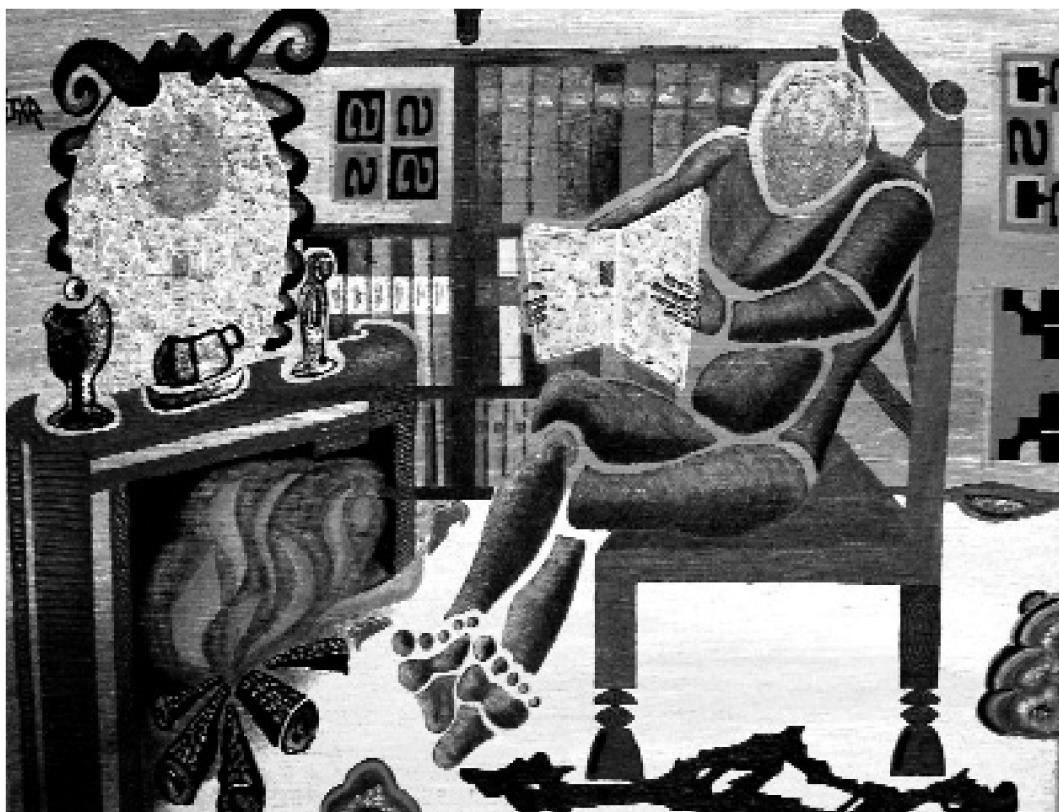
acuerdo. En mi opinión, todos los hombres, por nuestra condición de hombres, por nuestra capacidad de raciocinio, ante alguna disyuntiva que nos presente la vida, nos vamos a ver obligados a reflexionar detenida, crítica y radicalmente, (tratando de ir a la raíz de las opciones), para forjarnos nuestro propio pensamiento individual, nuestra propia filosofía, y actuar después consecuentemente, decidiéndonos por la alternativa que se ajusta a nuestras ideas. Por eso mismo la filosofía es fundamental hoy y lo ha sido siempre, porque es algo inherente al hombre, aunque lo intente, no puede dejar de cuestionarse sobre lo que le rodea, no puede dejar de filosofar.

En contra de esta afirmación se pueden dar argumentos tales como los siguientes:

1) El desarrollo científico permite al ser humano manejar y transformar la realidad en la que vive en su propio

beneficio, le permite aumentar la producción de alimentos, disminuir el trabajo a llevar a cabo con la utilización de máquinas, tener hogares más confortables...; mientras que la filosofía, sólo presenta una innumerable sucesión de ideas distintas, sin aplicación práctica, que aparentemente no nos sirven para nada, no tienen utilidad.

Esta afirmación se puede rebatir diciendo que la ciencia no hubiese existido como tal, si el hombre no hubiera comenzado a filosofar, a preguntarse cosas sobre lo que le rodeaba, aunque en ese momento concreto en que se las planteaba, no encontrara respuesta para ellas o no les encontrara una utilidad. Muchas de esas preguntas, han podido ser resueltas científicamente con el paso de los siglos, y hoy sí les encontramos una utilidad. ¿Quién nos dice a nosotros que las preguntas que hoy nos planteamos y a las que no les encontramos aplicación práctica, no la vayan a tener en



épocas posteriores? Creo que esta pregunta afirma claramente, que al igual que el pensamiento de los antiguos nos ha servido a nosotros, el nuestro puede servir a generaciones posteriores, por tanto, no hemos de abandonar nunca el arte de pensar.

2) Algún pensador o algún científico también puede argüir que para vivir no es imprescindible pensar, no es imprescindible la filosofía, sólo son necesarias unas condiciones sanitarias adecuadas acompañadas de una buena alimentación. Lo imprescindible para poder vivir es comer, descansar, respirar... , pero no filosofar; se puede vivir sin reflexionar, aunque uno no se plantee problemas existenciales, si sus necesidades básicas están cubiertas, seguirá viviendo.

Lo que a esta afirmación se le puede replicar, es que las necesidades básicas no vienen cubiertas por sí solas, hay que pensar en cómo trabajar, en cómo hacer las cosas del mejor modo para obtenerlas más fácilmente, y esto no es ni más ni menos que hacer filosofía.

3) Aquellos para los que lo único importante en esta vida es vivir feliz y tranquilo, también rechazarán la filosofía, pues afirmarán lo que ya es por todos conocido, que el no hallar respuestas a las preguntas planteadas, o hallar respuestas contrarias a las creencias anteriores, lleva a sentir una tremenda inquietud. Dirán que se es más feliz siendo ignorante, sin descubrir la verdadera cara de la realidad y lo cruel que esta puede llegar a ser, que sabiendo o intuyendo cómo son las cosas en verdad, lo cual causa un gran desasosiego.

Lo que a esto se puede reprochar es que para vivir felices y tranquilos, como es su objetivo, querrán tener el mayor número de comodidades y de facilidades a su

alcance, para que todo les sea más agradable, y para esto, hay que correr el riesgo de pensar, de plantearse el perder la seguridad en unas ideas preconcebidas, pues es el único modo de descubrir nuevas formas de vida quizá mejores, de desarrollar la cultura y de seguir construyendo un mundo humano.

Hallar argumentos a favor de la filosofía es mucho más sencillo, todos los filósofos, como es lógico, sean de la opinión que sean, están a favor de la filosofía. A continuación resumiré los argumentos más destacados a favor de este saber humanístico que es el arte de pensar:

1) La filosofía es necesaria como crítica de la cultura. La cultura constituye el marco de referencia en el que los seres humanos encuentran las respuestas a sus inquietudes, y aceptar pasivamente este marco de referencia, supone la renuncia a la propia actividad, el olvido de la búsqueda del sentido. La crítica que nosotros hemos de llevar a cabo es, como bien dice Horkheimer, el esfuerzo intelectual, y en definitiva práctico, por no aceptar sin reflexión y por simple hábito las ideas, los modos de actuar y las relaciones sociales dominantes. En este sentido coincido con Horkheimer, pues lo que hace la sociedad, la mayoría, lo que está establecido por convenio, no tiene por qué ser lo correcto, lo mejor para nosotros, lo que más felices nos va a hacer. Concretamente, el funcionamiento de la sociedad vigente hoy por hoy, no está pensado en beneficio de la mayoría ni mucho menos, por eso es necesaria la filosofía, es necesario darse cuenta de que no todo es tan bueno como pretenden hacernos creer, hemos de tener espíritu crítico para darnos cuenta de lo que verdaderamente sería bueno, de lo que realmente queremos. Ese espíritu crítico, si se desarrollara en la gran mayoría de los individuos, sería el único capaz de





permitirnos llevar a cabo grandes cambios a mejor en el funcionamiento mundial, en la distribución del trabajo, los bienes, en las relaciones sociales...

2) La filosofía es también imprescindible para el conocimiento de uno mismo, lo cual es fundamental ya que, a partir de la comprensión de sí mismo, el ser humano interpreta las demás cuestiones. Aquí también soy de la misma opinión, porque lo básico para empezar a intentar conocer todo aquello que está a nuestro alrededor, es saber de qué medios disponemos para conocerlo, (la razón, los sentidos...), y las limitaciones de los mismos.

3) También cabe destacar la importancia de la filosofía como condición de libertad. El filósofo alemán Erich Fromm afirma que el ser humano tiene miedo a la libertad y que prefiere asumir como correctas concepciones de la realidad e ideas dadas por otros, nociones preestablecidas tanto sobre el pensamiento como sobre el comportamiento. Como ya he comentado anteriormente, afirma que debido al desarrollo tecnológico, estamos inmersos en una nueva forma de esclavitud, pues interpretamos el mundo como un conjunto de objetos manipulables, incluido el hombre. Este tipo de creencia, denominada por Horkheimer "razón instrumental", no es más que una forma de prejuicio que nos hace ser acríticos, asumir lo que se nos da sin cuestionarnos nada. Y es por esto por lo que la filosofía es necesaria, la necesitamos para emprender de nuevo el camino independiente e individual del pensamiento, de la razón liberadora que nos permitirá ser autónomos y recuperar la dignidad que nos corresponde. Con esto, como ya comenté al principio de esta disertación y he comentado anteriormente, coincido, pues hemos de pensar por nosotros mismos, no hemos de

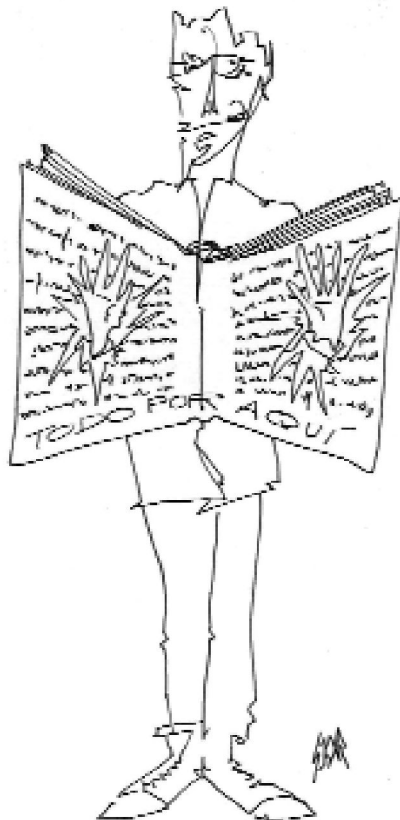
ser marionetas en manos de quien piensa las reglas o determina cómo tenemos que ser y actuar, pues esto es lo que nos propone y nos trata de obligar a hacer el mundo actual, pero hemos de luchar contra eso, y el arma no es ni la pistola ni la espada, el arma no es otra que la razón, el pensamiento, la palabra.

La vida que actualmente llevamos es la que quieren que llevemos, nos dejamos llevar por la inercia de lo que hacen o dicen los demás, sin pensar más allá, y eso es lo que hay que evitar. Como bien dice el catedrático de Filosofía Víctor Gómez Pin en un artículo de prensa publicado recientemente, la filosofía tiene como objetivo luchar contra la estupidez, y para ello es necesario reflexionar de manera clara sobre problemas que conciernen a todos, ésa es la función de la filosofía; y sin filosofía no hay vida digna, la cual consistiría en restaurar la centralidad del hombre en la realidad, combatir el sometimiento de la mera supervivencia.

Para finalizar me gustaría hacer hincapié de nuevo en mi postura, la filosofía va ligada al hombre desde el principio de los tiempos, y en la actualidad, que es cuando más nos creemos que sabemos y conocemos, cuando pensamos que aquello que se nos ha demostrado científicamente es lo correcto y lo indiscutible, cuando creemos que podemos prescindir tranquilamente de ella, es cuando más falta nos hace. El hombre no puede ser hombre sin filosofía, tenemos que ser nosotros mismos, con nuestras propias creencias e ideas obtenidas de la reflexión, del pensamiento filosófico, para el cual, como se ha explicado arriba, es necesario conocer nuestros límites y, a partir de ello, elaborar las conclusiones pertinentes. Me gustaría cerrar esta disertación afirmando que no sólo la filosofía es lo

correcto o lo bueno, lo cierto es que conocemos lo que conocemos en función de nuestras posibilidades, no podemos estar seguros de nada, no sabemos si lo que afirman la ciencia o la filosofía es verdaderamente cierto o no, pues nuestra razón es limitada, a nuestro parecer, según nuestras facultades para conocer, las cosas son de un determinado modo, pero no podemos afirmar de manera rotunda nada, y es por eso mismo, por lo que se hace necesario pensar y reflexionar, filosofar. También quiero decir, a modo de aclaración, que bajo mi punto de vista, filosofía y ciencia no tienen por qué ser incompatibles, pues han ido de la mano durante muchos siglos y hoy por hoy siguen confluyendo en muchos aspectos, por ejemplo, es la filosofía quien pone límites a la ciencia en temas como la manipulación genética, la clonación, etc., en base a unas normas

morales. Para culminar quiero insistir una vez más en que ni ahora ni nunca podremos dejar de filosofar, por muy desarrollada que llegue a ser nuestra sociedad y por muchos prejuicios que nos hagan creer, nunca debemos anular la filosofía como algo absurdo o inservible, pues como decía Schopenhauer: "La filosofía nace del asombro que en nosotros producen el mundo y nuestra propia existencia, que se presenta al espíritu como un enigma que preocupa continuamente a la humanidad". Según esto, si dejásemos de filosofar, dejaríamos de ser humanos, camino llevamos si todo sigue avanzando como hasta ahora pero, tengamos fe en la razón y en la naturaleza del hombre, seguramente nunca ocurra pues, como decía Aristóteles, "la naturaleza del hombre es ser lúcido", y ser lúcido no es ni más ni menos que razonar. ■





# LARA CROFT NO ES MADRE

ENRIQUE  
CUESTA

■ Una sola vez desciende la cascada pentatónica. Es la llamada perdida. Lara Croft.

Dejo el nokia sobre la cama y echo una última mirada a la TFT. Ánade azulón macho; ánade azulón hembra. El ventilador de la CPU sofoca la soledad de las paredes. De un salto me calzo los levi strauss, las adidas, la kukuxumusú y las ray ban. Me miro al espejo esperando ver lo que veo. Paso un dedo sobre un mechón. La puerta. Clac clac. Ruedo por las escaleras. Noto el beneficio de la presa de piernas en mis cuádriceps.

El aire es caliente, ergo liviano. Por razones que se nos escapan nos parece pesado el aire caliente. Lo introduzco en mis pulmones. Seis litros y medio de avaricia. Lo devuelvo empobrecido en oxígeno, saturado de vapor de agua. Nada parece molestarse: el mundo se resigna ante el aumento de entropía. En frente, a la sombra, hablan calladamente unas mujeres. Dos hombres, a la sombra, comparten el silencio sucio de las palomas. Unos niños juegan. En silencio.

El sol emite su ruido mecánico, el estruendo lejano y electromagnético de sus llamaradas, el borborigmo de su núcleo remoto. Los árboles de la acera desaparecen a mediodía.

Camino hacia el parque de la música. Mi rolex marca las dos pasadas: en seguida será el meridiano. ¿Cómo se apañan las flores para soltar sus perfumes sólo a la caída de la tarde? La luz se presiente

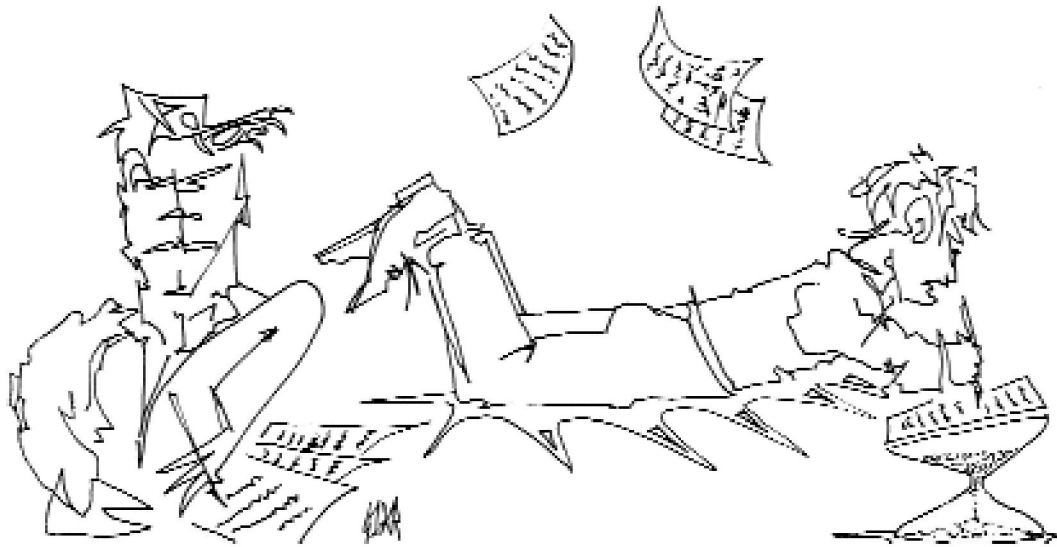
cegadora, el vello de mis brazos se humedece. Sonrío y pienso que mis dientes brillan. Me observan desde las ramas las metálicas cornejas. Les digo craaack. En voz baja. Me escuchan y se miran entre sí. Callan. Las fachadas de los edificios me devuelven el ruido de mis discretas pisadas. Sé que apenas toco el suelo, como un fred astaire sin gravedad.

Los patos descifran las orillas del estanque. Si un perro los molesta, el vigía grita. Todos, sin prisa, levantan un vuelo torpe y poderoso. Se concentran en la isleta. Son docenas. El perro, con toda la lengua a un lado de la boca, jadea esperando que vuelvan. Parece no considerar la opción de buscarlos a nado. El muy gilipollas. Paso tan cerca del perro que mi pierna roza su cola. A sus patas hay plumas. Contrastan sobre el verde. Yo contrasto ante el fondo tupido de los abetos.

Me coloco en la pasarela de troncos que cruza el desagüe, junto al cartel de prohibido pescar. Miro el agua por ver si hay peces. Nada. Miro la plana lámina que refleja el cielo sin buscar. No busco. Espero a Lara Croft. Mi corazón pasa de cuarenta y una a cuarenta y siete pulsaciones por minuto. Es por ella. Esa puta me acelera.

Ella, Lara, surge, aparece, se materializa del agua. Es agua que se convierte en cuerpo. Cuando llega a mi frente, ya está seca. Me mira desde esa distancia de agua y sus ojos le brillan. Me indica que la siga. Camino detrás de ella. Soy un patán. Nunca estaré a su lado.





Su cabello, castaño y liso, flota hasta el borde de su camiseta. Desde ahí, hasta el borde del pantalón, veo un gran trozo de su espalda, los hoyuelos del sacro, el nacimiento de la hendidura entre las nalgas. Ahí, un tatuaje de yin y yang me excita. Su culo se mueve como un rodamiento de acero sobre olas de mercurio. Pesa menos que yo, me digo, y me digo que mi polla va a estallar.

Se vuelve. Me agarra. Me atrae hacia ella. Mis labios se pierden en su boca. Sus brazos se cruzan tras mi espalda. Tira de mí. Inundo de semen mi entrepierna mientras mi lengua se confunde con la suya y golpea su paladar y sus dientes. Ella me mira como siempre, como se mira a un consentido chico malo. Me echa mano y me aprieta los cojones sin prudencia. ¡Ahora yo!, me urge.

Se lo hago. Su coño, oprimido por la cremallera, es una seda inalcanzable. Su pelvis gira y se revuelve. Yo le busco el vértice y ahí me detengo y me demoro. Ella me fuerza, me estruja. Siento dolor. Le aprieto en el justo ángulo. Caemos al suelo sin pesar. Sus piernas me rodean, me combaten. Viene y se va, me besa más profundo. Se muere de placer contra mis dedos adormecidos. Se descontractura como en estroboscopio. Me mira. Nos abrazamos hasta casi rompernos las costillas.

Imbécil que lees. Tú, imbécil. Sí, tú, imbécil. Presta atención a las palabras.

Sé que deseas a Lara Croft. Sé que quieres estar en ella. Te jodes, imbécil. No eres de Lara Croft, ella no es de tí. Lara Croft está conmigo. Lara Croft soy yo. ■



# PARA ENVIAR UNA VEZ SE ME HAYA DADO POR DESAPARECIDO OFICIALMENTE

| JOSÉ MARÍA  
| IZARRA

■ Para empezar, había dejado escrito que las palabras que a continuación iba a garabatear no deberían plasmarse jamás en el blanco de un folio. Por lo que pudieran acarrearle. Continuaba, en tono apelativo, dirigiéndose a un tú al que tenía entre ceja y ceja y le llamaba comemielta y mariconsón, parodiando al comandante Fidel, y, remarcaba, se dirigía a él “de hombre a jefe, o sea, de pobre hombre a rozagante señor de un prebostazgo”. “Que te endiñen ahora por donde te quepa -le increpaba seguidamente-, ya que nunca te has visto harto de repartir a diestro y siniestro, sin ton ni son, vicioso de la puñada verbal como el más vil de los negreros retóricos.” Y que se tuviera por contento, le indicaba sin solución de continuidad, porque, de no haber derivado las cosas en la dirección que lo habían hecho, no hubiera sido difícil que, ofuscado y sintiendo que no tenía nada que perder, se hubiese liado la manta a la cabeza, y zas, como el tío Gilito de su pueblo, “que, harto de que le afearan la estatura y la fachada aquellos dos chulos de uniforme (el uno, sargento, y teniente, el otro), un martes de Carnaval, cargó la escopeta con dos cartuchos de postas y les chamuscó el hocico como si fuesen jabalíes”. “O sin llegar a esos extremos”, proseguía, repentinamente más sosegado, “hubiera podido ocurrir que me diera por tragar

litros y litros de saliva y por ir dejando pasar el calentón en aras y procuración de servirme a mí mismo una venganza dilatada.” Y aludía entonces a cómo se condujo, hacía ya más de veinte años, con un cabo tomatero. Escribía al respecto que acababa de incorporarse a la compañía, procedente del permiso de la jura de bandera. Su segunda noche en el nuevo destino, y le habían nombrado para la primera imaginaria. Ya con los tubos apagados y cada cual en su litera, el cabo Anguita lo requirió para que le llevara hasta la suya un botellín de los de cerveza, de un quinto de litro, lleno de agua de la cañería. “Corría el mes de agosto, y al calor sofocante -narraba- se unieron los sofocos de rabia que me acometieron como consecuencia de la orden a todas luces injusta que se me trataba de imponer. Me negué una vez, dos veces; pero, verificado que la cosa empezaba a pasarse de castaño oscuro y, todo sea dicho, que se me acababa de ocurrir una buena idea, definitivamente accedí al capricho del mando. Me dirigí, aparentando pesar por disimular mejor mis intenciones, con el botellín en la mano a los lavabos del barracón. El agua del grifo salía tibia y humeante como el pis de un caballo en las madrugadas con rocío. Mejor que mejor. Meé en la botella (tuve que afinar mucho la puntería) hasta llenarla un tercio, y luego la completé con



otras dos partes de agua. Se la llevé al tomatero, que se la bebió sin respirar, de un solo trago. Eructó y se pasó el dorso de la mano por la boca. Me dio las gracias efusivamente, propinándome al mismo tiempo qué sé yo las palmadas en el espinazo. Cuando se cansó de manotearme, se tiró del catre, abrió la taquilla y me obsequió con un quesito de La Vaca que Ríe." Al hilo de este cuento, hacía la siguiente digresión: "¡Me hubiese complacido tanto que se me presentara la ocasión de repetir semejante hazaña contigo, mi capataz! ¡Me hubiese complacido tanto!" Pero no, abundaba de inmediato en el tema, su jefe jamás había bebido o, por lo menos, él no lo había podido observar en tal circunstancia. Y era perfectamente comprensible, al menos por lo que respectaba a determinados períodos (días y días con el mismo corte de cara y la misma color que los personajes de El Greco), pues, a juzgar por su comportamiento y, todo había que decirlo, por lo que había podido escuchar que los demás opinaban de él, precisaba, no parecía de este mundo. "Y es que - incidía de seguido- durante esos días me mirabas, nos mirabas en picado, como si tu estatura fuera la de un risco o te creyeras, si no Dios, un ser de naturaleza asociada a la suya." Todo lo cual no era obstáculo, historiaba seguidamente, para que, entre trance y trance de ensimismamiento, descendiese del pedestal, no para ponerse a la altura de "la tropa", sino para emprenderla con ella a insultos, imprecaciones y amenazas. "Cuántas veces -ejemplificaba consecutivamente-, he tenido que escuchar de tus labios, afectando impasibilidad, que era un inútil (me pongo a mí mismo, mas podría colocar en mi sitio a cualquier otro), o un eunuco o un hijo de puta... vamos, lo que en

esos momentos te salía de los cojones. Y ya no te cuento, mariconsón, comemiolda, si la interfecta era una mujer." Escribía, acto seguido, que, para rematar la faena, su jefe, citando a un prefecto jesuita, de cuya boca lo había oído salir, manifestaba en tono profesoral que "así como cualquier prójimo no tiene conciencia, cuando transita por las calles, de que va despachurrando con la suela de sus zapatos a los ingenuos insectos que han tomado el mismo andén, así nosotros, los gobernantes, autoridades y jefes, no somos conscientes cuando atropellamos a nuestros subordinados". Claro, ahora comprendía que los gobernantes, la autoridad, los jefes necesitaran tanto espacio para sí mismos. ¡Eran tan grandullones! ¡Y tan insignificante el resto de la humanidad! No había más que ver los gabinetes de aquéllos y compararlos con los cubículos de éstos. La relación matemática entre ambos espacios, afirmaba, bien podía definirse, sin temor a errar apreciablemente, como de 100 a 1, hablando en metros cuadrados. "Me imagino -apostillaba en ese instante, enlazando con lo anterior- que ya te habrás hecho construir una pirámide con el fin de prolongar eternamente la holgura en la que te desenvuelves, a costa de que tus servidores no tengan un sitio donde caerse muertos." No obstante, apuntaba luego, esto último se le figuraba paradoja, y de las grandes, toda vez que dichos servidores, por culpa del consabido, sólo podían tener fe indubitable en la baja médica, la jubilación o la muerte. Bien es verdad que les hubiera gustado creer ciegamente en un ser supremo infinitamente bondadoso y desfacedor de entuertos, pero semejantes cualidades, teniendo en cuenta el carácter progresivo o regresivo,





según, de la jerarquía, no era posible que se avinieran, y ahí estaba el comportamiento de los seres reputados superiores para corroborarlo, con el ser supremo, mas sí, por el contrario, con el ser ínfimo. Y eso, en buena lógica, resultaba imposible por absurdo. Así pues, infería de lo precedente, “o los seres con gobierno, autoridad o jefatura no son, por más que se les conceptúe como tales, en absoluto seres superiores (lo cual no obsta para que sean los más fuertes), o Dios, el ser supremo, carece de esencia, es decir, no existe”. Tras punto y seguido, y aun a riesgo de incurrir en error, se decantaba por la primera disyuntiva, ya que era la única forma de esperanzarse siquiera un poco. “¡Ay!”, suspiraba en el mismo renglón y ponía una larga hilera de puntos suspensivos. Terminaba su comunicación con estas palabras: “A veces también me he engañado, quiero decir, esperanzado, con la ilusión de que, con sólo apetererlo, podría hacer que te murieras. Te puedo asegurar que, de haberse obrado tal prodigio, no me hubiera sentido un asesino. Por cierto -agregaba en un post scríptum-, no culpes al diablo: he sido yo el causante de que una de tus cuentas corrientes fulgure ahora en números rojos. Te preguntarás

cómo logré hacerme con el nombre de usuario y la contraseña que me permitieron desfondarte a través de Internet. Nada más fácil, aunque a tí, que te has hartado de llamarme inútil y calamidad, te parezca inconcebible. Los vi reflejados en los cristales oscuros de tus gafas aquel día que me llamaste a tu despacho para proponerme que te hiciera de soplón. Tendrías que haberlos retenido en tu cabeza y no apuntarlos con letra capital y números para miopes en tu agenda, y mucho menos haberte puesto a mirarlos en presencia de alguien a quien tanto habías menospreciado. ¡Comemielda! ¡Mariconsón!”.

El precedente resumen lo es del testimonio que, como archivo anexo al mensaje cuyo asunto rezaba “para enviar una vez se me haya dado como desaparecido oficialmente”, se encontraba en la carpeta “borrador” del programa de correo electrónico perteneciente al antiguo propietario del PC que, hace unos días, adquirí en una subasta de eBay. Indagaré en la comisaría de policía acerca de la identidad asociada al remitente del mensaje de marras y, si me confirman su desaparición, haré que se cumpla su deseo. ■

## FLORES PARA UN FUNERAL

### CAPÍTULO PRIMERO DE LA NOVELA *FLORES PARA UN FUNERAL*

SONIA  
MARTÍNEZ

■ Aquel tanatorio era como los demás: aséptico, frío, poco acogedor y alejado de la bulliciosa ciudad. Acostumbrada a frecuentar estos lugares, que huelen a muerto mucho menos que otros antros llenos de vida, me dispuse a observar cómo reaccionaban las personas que acompañaban al extinto en su repentino e inesperado tránsito al Más Allá. Es fundamental, y así nos lo han repetido cientos de veces en la Academia, dejar bien atados dos cabos en este primer contacto con el entorno del delito: el tipo de relación que ha mantenido el interfecto con los que han acudido a su última convocatoria y la huella, positiva o nefasta, que haya podido dejar su presencia viva en cada uno de ellos. Cualquiera de los dos aspectos puede darnos pistas sobre el verdadero motivo que, como desde el principio de los tiempos, desencadena el mecanismo esencial que transforma a una persona corriente en un asesino.

Casi siempre es fácil identificar entre los dolidos asistentes a los viudos de turno, destrozados o poseedores de una fuerza insólita. En este último caso, tan extraña reacción responde sólo a dos causas: no creerse protagonista de una película semejante, y por tanto no tener conciencia de la envergadura de la pérdida, o ser perfectamente sabedor de la misma y, por distintos motivos, celebrarla contenidamente ante los actores secundarios del filme. También es fácil

identificar en ese puzzle humano a los hijos, si es que el ausente ha dejado tan valioso legado al mundo del que ya no forma parte. Si son adultos asisten acompañados por sus propias familias y se muestran fríos y poco afectados por la pérdida de alguien que para ellos, normalmente, ha muerto hace bastante tiempo. Más de una vez he presenciado encuentros tensos y violentos que me han obligado a identificarme antes de lo previsto con el fin de sembrar armonía entre los desconsolados vástagos: envidias, diferencias arrastradas desde la niñez, abusos imperdonables, pudren a la mayoría de las familias y emergen, sin pudor alguno, en circunstancias así. Amantes, socios de empresa, amigos de juventud, enemigos dispuestos a comprobar la veracidad de la noticia, algún metomentodo de la sala de al lado, e incluso el propio asesino, se dejarán caer por estas habitaciones transitorias que ponen a cada uno en su sitio: al muerto del lado de los muertos y al vivo del lado de los propietarios de un futuro que ven desvanecerse.

Aún no he hablado de los padres, y es que me resulta lamentable tener que asistir a un velatorio con padres. Casi nunca creen que vayan a tener que enterrar a sus propios hijos. Piensan, si es que alguna vez se pararon a pensar por qué y para qué trajeron hijos a este corrupto mundo, que por razones naturales aquéllos se extenderán en el



tiempo más allá de lo que lo harán ellos mismos. Qué ignorancia, qué reiterada inconsciencia. En el caso que nos ocupa, y al que desde este mismo momento me referiré como caso Tupolev, asistían al funeral el padre y la madre de la víctima: Alexander y Johanna Hesse, una pareja alemana, según me informaron en el departamento de extranjería e inmigración, que, tras haber traspasado su negocio de muebles de diseño en Frankfurt, se había trasladado a Zúrich para estar más cerca de su único hijo, Louis. Estaban instalados en una cómoda casa prefabricada a las afueras de la ciudad, cerca de Kloten, el barrio residencial en el que su hijo poseía un lujoso chalet. En su fisonomía aria, ajada por el paso de muchas décadas y por la reciente pérdida de su diseño más personal, se reflejaban el dolor y el cansancio. A esas alturas habrían pasado ya más de cuarenta y ocho horas desde que conocieran la noticia de que Louis había muerto apuñalado en la terraza de su residencia.

La señora Hesse estaba rodeada por un grupo de personas que atendían su irrefrenable verborrea con rostros serios. Ninguno daba muestras de excesivo dolor, lo que me hizo suponer que debía de tratarse de conocidos o compañeros de trabajo de Louis. Por su parte, el señor Hesse, en una actitud ensimismada y circunspecta, permanecía sentado en uno de los incómodos sofás de escay de la sala mortuoria, posiblemente tratando de triturar cualquier pensamiento que se empeñase en circular por su cabeza en un momento como ése. Su mano inerte se entrelazaba con la de una señora corpulenta, de cara rosada y media melena blanca y lacia, que supuse muy próxima al entorno de la pareja por la confianza del gesto. Debido a la rapidez de lo acontecido, y gracias a que vivía razonablemente cerca de Zúrich, por lo que luego pude colegir de su propio relato, era el único familiar directo de los Hesse que había podido asistir a tan trágico lance. Anne Hesse resultó ser la hermana pequeña de Alexander Hesse.



Cualquiera lo diría. Se trataba de una mujer pantagruélica aunque de aspecto muy afable.

No es extraño que por prudencia, por agotamiento o por la conmoción que impera en estas situaciones, nadie reparase en mi presencia. Quizás un cincuentón, trajeado y repeinado con gomina, que asistía distraído al insofocable discurso de Johanna. Pareció preguntar al tipo que tenía a su lado quién me habría dado vela en ese entierro. Luego, tras lanzarme unas lascivas miradas, sonrieron entre ellos. Estoy acostumbrada a estas reacciones y no pretendo ser presuntuosa. Mi físico, de mujer de pasarela, es difícil de disimular. Por ello, y para evitar interferir en la pureza de las respuestas de los asistentes, fundamentales en mis primeras indagaciones, procuro no vestir llamativa, excepto si las circunstancias lo aconsejan.

Entré en la sala expositora del cadáver con el fin de librarme del rijoso cincuentón y para echar un último vistazo a Louis Hesse. Una vez más me reconocí sorprendida por el buen hacer de los operarios de las funerarias. El joven tenía mucho mejor aspecto que en las fotos que había visto unas horas antes en el departamento de crímenes y delitos. Era una monada. Parecía un ángel de mármol, con su carita blanca de rasgos apenas definidos sobre la que caían unos preciosos tirabuzones de pelo rubio rizado. Llevaba gafas, una moderna montura de cristales al aire, y vestía una chaqueta de

punto azul con una raya horizontal de color naranja a la altura del pecho.

Con la dulce y recompuesta imagen de Louis impresa en mi retina iba a dar por concluida mi primera visita de reconocimiento. Sin embargo, un grito de la señora Hesse, coreado con exclamaciones, insultos y juramentos de los congregados, me hizo salir de la sala e interesarme por la causa del agravio que se había producido a un par de metros de donde yo estaba. Encontré a la señora Hesse, desencajada, pisoteando una corona de flores. El señor Hesse y su enorme hermana pequeña trataban de tranquilizarla y de detener tan aparentemente inexplicable reacción.

Sin más cautela me acerqué a la desesperación de aquella madre, me identifiqué y me interesé por lo que ocurría. Al parecer alguien había enviado, por equivocación o intencionadamente, aquella olorosa ofrenda que yacía desperdigada en el suelo, más muerta de lo que ya estaba, con una dedicatoria grabada en letras negras sobre una banda de raso roja. Rezaba así: «Por la paz y el descanso de la familia Petrovich». Recogí la banda y una pequeña etiqueta que colgaba de la estructura metálica de la corona, rechacé el ofrecimiento que el cincuentón trajeado me hizo de colaborar en cualquier tarea de reconocimiento e investigación, y permanecí junto a los Hesse en la despedida de su hijo Louis, que, por voluntad propia, se entregó al sugestivo fuego eterno. ■

# LA MUJER Y LOS MONOTEÍSMOS

MARTA  
LÓPEZ SAIZ



■ Resulta evidente que las religiones y culturas monoteístas emparedadas y encorsetadas por viejos y opresivos principios sociales, junto con todos sus prejuicios y tabúes, ayudan a mantener la subordinación absoluta de la mujer al hombre, y de los niños a sus progenitores.

Porque las culturas son como el azúcar en la leche: no se ve pero se nota muchísimo. Las normas culturales se reflejan en las sociedades que estamos viviendo. Los símbolos y los estereotipos culturales están llenos de prejuicios muy arraigados en la actual sociedad. Estos prejuicios regulan muchos de los comportamientos y sometimientos del hombre respecto a la mujer.

Las religiones monoteístas identifican a un Dios masculino mientras que la

discriminación y la opresión ancestral contra la mujer es ignorada. Como consecuencia, la mujer durante muchos siglos soporta indefensa los abusos y la indiferencia del compañero.

La extensa lista que abarca desde los relatos filosóficos del Génesis, en el que precisamente Dios subordinó la creación de la primera mujer a la necesidad de ser compañera y le dio vida de una costilla del hombre, hasta los pronunciamientos de líderes como el mismo papa de Roma.

Aristóteles, reconocido por muchos como figura intelectual, en su obra "Generacione animalum", expresaba que las mujeres eran seres mutilados y de poca capacidad para razonar! ¿Cómo pudo decir semejante atrocidad? A mí, que no tuve ni siquiera las prácticas de igualdad de las

demás niñas de mi generación, nunca me entró en el cerebro y siempre me defraudan o sorprenden los principios radicales, oscurantistas y absurdos.

A las mujeres nunca nos tuvieron en cuenta a lo largo de muchos siglos y, en la actualidad debemos aprender todos los síntomas patológicos que se derivan de una acción de malos tratos contra la mujer.

Santo Tomás de Aquino escribió: “El hombre está por encima de la mujer lo mismo que Jesucristo está por encima de todo”. Buda atestiguó que el cuerpo de la mujer era sucio y no podía ser depositario de ley alguna.

Estas brutalidades son crudísimas, gratuitas, dichas en castellano, y representan a un monoteísmo religioso.

También quisiera recordar las tan ignoradas necesidades emocionales de los niños. La actitud materialista y tiránica de la sociedad se refleja en el abandono de los hijos, en delegar o abandonar su educación. No renunciemos a la educación, a transmitir valores que reflejen el valor de la mujer en la sociedad y no su ejecución.

No quisiera tampoco echar en el olvido que en España las mujeres no pudimos conseguir el voto hasta 1931 y la voz para nuestra reivindicación hasta mucho más tarde. Y en la Dictadura, alimento de las religiones, la única contribución era que las mujeres podían ayudar a la “nueva y moderna España” con la maternidad,

aceptando tal condición social. A la mujer se nos niega el talento creativo porque sólo y exclusivamente están dotadas las inteligencias “masculinas”.

A pesar de todo esto, el rechazo por el sentido común de las personas que razonan en la comunidad científica con los vestigios de la vieja Ley romana y que aún sufrimos esta actitud tiránica y materialista. Esto es lo que refleja nuestra moderna sociedad.

Los malos tratos a los niños que estadísticamente están relacionados con factores de riesgo de nuestra sociedad. Sin embargo Sigmund Freud en 1932 consideró que la supresión y la agresión a las mujeres biológica y socialmente eran impulsos masoquistas que nos los habían trasladado al género femenino. Y deben ser los tribunales de justicia con la ayuda de médicos y psicólogos los que deben comprometerse con la sociedad aunque es de suma importancia ampliar nuestra conciencia social.

No olvidemos que las heridas causadas a las mujeres se han minimizado y no se observan nunca con el más mínimo interés.

Desde las instituciones y los cargos políticos siempre desempeñados por hombres, no han interesado estas heridas sociales, dándoles a los hombres muy buenos resultados de poder.

Es el nuevo tiempo de la sociedad y del cambio de las religiones monoteístas en su relación con la mujer y sus derechos. ■





# LA PRIMERA APLICACIÓN DEL SUERO ANTIDIFTÉRICO EN BURGOS (1895)

JOSÉ MANUEL  
LÓPEZ GÓMEZ

■ La difteria es una enfermedad infecto-contagiosa, de predominio infantil, en la actualidad prácticamente erradicada en nuestro medio, que durante siglos, hasta bien entrado el XX, fue responsable de una elevada morbi-mortalidad endemo-epidémica, que afectó a amplias zonas geográficas, entre ellas Burgos, y frente a la que no existía ningún tipo de recurso terapéutico eficaz.

Hoy día sabemos que su agente causal es el denominado bacilo de Klebs-Löffler, o *corinebacterium diphtheriae*, que se encuentra fundamentalmente en la faringe, no sólo de los enfermos, sino también de algunos portadores sanos. Su mecanismo de contagio es directo, y el bacilo actúa mediante la producción de unas toxinas, que pueden causar lesiones locales, las más frecuentes, o a distancia. Las primeras se caracterizan por la formación de unas pseudos-membranas, que al afectar a la faringe -difteria faríngea-, o a la laringe -crup diftérico-, provocan una severa dificultad respiratoria y la muerte por asfixia.

Esta difteria laríngea era bien conocida por los tratadistas clásicos de medicina, como los españoles Villareal o Mercado, que la denominaban *garrotillo*, porque acababa ahogando al enfermo, sin que existiera ningún tratamiento útil para evitar el desenlace.

En el último cuarto del siglo XIX una serie de descubrimientos microbiológicos e inmunológicos, van a empezar a permitir conocer a fondo y a combatir con mayores resultados la difteria. En este proceso destacarán dos investigadores eminentes, uno de la escuela francesa -Emile Roux-, y otro de la alemana -von Behring-.

El primer paso significativo contra la difteria se dio con el descubrimiento de su agente causal. Edwin Klebs, discípulo de Virchow en Wurburgo, fue quien identificó por vez primera en 1883 el bacilo de la difteria; hallazgo que al año siguiente confirmaría Friedrich Löffler, más tarde director del Instituto para el estudio de las enfermedades infecciosas de Berlín, tras formarse con Robert Koch, mediante su cultivo seriado.

Emile Roux, una vez licenciado en medicina en Clermont-Ferrand, marchó a París, entrando en 1878 en el laboratorio de Pasteur, que dirigió desde 1904 hasta su muerte en 1933; siendo considerado hoy, después de su maestro, el más grande bacteriólogo de Francia. En colaboración con Chaberland y Yersin confirmó el papel del bacilo de Klebs y Löffler en la etiología de la difteria, y a través de una serie de experimentos demostró que su capacidad patógena se debía a la producción de una toxina.

Como consecuencia de estos trabajos, el alemán Emil Behring y el japonés Shibasaburo Kitasato, que en ese momento se formaba en Berlín con Koch, publicaron en 1890 en el *Deutsche Medicinische Wochenschrift*, un estudio en el que se afirmaba que si se inyectaba a algunos animales la toxina diftérica, eran capaces de producir una sustancia defensiva -antitoxina-, que si se extraía de su suero podía ser aplicada como tratamiento a otros infectados, consiguiéndose resultados favorables.

La posibilidad de producir en cantidades terapéuticas este suero antidiftérico despertó de inmediato un enorme interés, y puede considerarse el principio de la lucha eficaz contra la difteria. Muy pronto Behring idea inyectar la toxina diftérica al caballo, al que al cabo de unas semanas extrae sangre de una vena del cuello, cuyo suero ya contiene la deseada antitoxina. Adecuadamente purificado este suero empezó a comercializarse en Alemania en 1892, alcanzando tan espectaculares resultados que en 1901 Behring recibió el primero de los recién instaurados premios Nobel de Fisiología y Medicina.

En París, Roux y sus colaboradores también pusieron en práctica la inmunización de caballos, y con el suero antidiftérico obtenido trataron a 300 afectados en el *Hôpital des Enfants Malades*. Fueron las noticias de los excelentes resultados alcanzados por Roux, las que principalmente consiguieron crear en la opinión pública española una actitud favorable a la utilización del suero antidiftérico; acogido en general con entusiasmo, no exento de algunas contradicciones. En Burgos las cosas no fueron diferentes.

En noviembre de 1894, tan sólo tres meses después de que Emile Roux terminase su tratamiento a los niños franceses enfermos de difteria, el *Diario de Burgos* publicó dos artículos del médico de la Beneficencia Municipal e importante publicista sanitario Ramiro Ávila Pezuela al respecto. El primero, fechado el día uno de ese mes, lleva por título "La vacuna de la difteria"<sup>1</sup>, nombre equívoco, pues el trabajo hacía referencia no a la vacuna, que no se generalizaría hasta bien entrado el siglo XX, sino al suero antidiftérico. En él tras pasar revista a los hallazgos bacteriológicos que condujeron a la producción de la antitoxina diftérica, termina describiendo el modo de aplicarla: "El suero o sea la anti-toxina se aplica a los enfermos de difteria en inyecciones, y sus efectos son rápidos; la fiebre que se origina remite desde el día siguiente al de la primera inyección. Si el procedimiento produce un inmediato efecto despréndense entonces las falsas membranas del crup a las 48 horas o a los tres días lo más de haberlo empleado; la respiración y el pulso vuelven a su estado normal; y el estado general mejora poco a poco. Para obtener tan ventajosos resultados, no hace falta tóxico alguno más o menos poderoso, sino un par de inyecciones de 20 centímetros cúbicos de suero antidiftérico bajo la piel del abdomen o en el costado, por medio de una jeringuilla epidérmica". El escrito del Dr. Ávila refleja un adecuado nivel de conocimientos sobre el nuevo recurso terapéutico, y sin duda permitió a sus lectores burgaleses forjarse una idea correcta sobre él.

En *El Liberal* de los días 26 y 27 de octubre de 1894 el Dr. Ángel Pulido Fernández, médico, higienista y académico de relieve, residente en Madrid, había aconsejado a la población mediante dos amplios artículos, prudencia y reflexión en la utilización del suero antidiftérico; opiniones que

<sup>1</sup> *Diario de Burgos*, IV, 1115, jueves, 1 de noviembre de 1894, pp. 2-3.



generaron una encendida controversia en la prensa periódica nacional. Ramiro Ávila en su segundo escrito de 10 de noviembre<sup>2</sup>, bajo el epígrafe “La vacuna de la difteria. Opiniones de los médicos y de la prensa”, se hace eco de la polémica que las manifestaciones del Dr. Pulido habían levantado, transcribe literalmente algunos de sus párrafos, y aboga de manera personal por la serenidad: *“Lo que a nuestro juicio ha querido demostrar el señor Pulido, es, lo infundado del entusiasmo prematuro que se ha apoderado de la mayoría de la clase médica por el descubrimiento de Roux, pues práctico y veterano en esta clase de experimentos aconseja la prudencia y la calma, y el no dejarse llevar por un entusiasmo ficticio, que después pudiera resultar ilusorio y ridículo para la ciencia, hasta no ver comprobados con datos oficiales, salidos de la clínica y de la observación, el resultado definitivo y completo de dicho descubrimiento”*.

A pesar de todo la opinión pública no quiso renunciar a la esperanza que el suero antidiftérico proporcionaba frente a una enfermedad grave y frecuente, para cuyo combate hasta entonces ninguna solución había. El *Diario de Burgos* de 11 de diciembre de ese mismo año<sup>3</sup>, comunica a sus lectores que los ponentes del Consejo Nacional de Sanidad a los que se les había encargado el dictamen sobre el suero antidiftérico, ya lo tenían ultimado, y en él sostenían que aunque su virtud preventiva era escasa, su valor curativo era incuestionable; por lo tanto consideraban *“que se debe fomentar el estudio y aplicación de este sistema en España”*.

Sin embargo habría que esperar todavía casi medio año para que el suero llegase a Burgos. La primera indicación sobre su

existencia en nuestra ciudad aparece en la prensa local el 1 de junio de 1895: *“Se anuncia “Suero antidiftérico del Instituto Pasteur”. Frasco grande: 10 ptas. Frasco pequeño: 5 ptas. Jeringas Roux: 25 ptas. Farmacia de Escolar: Plaza de Prim 19”*<sup>4</sup>. Muy pocos días después el médico Perfecto Ruiz López se convertiría en el pionero de su aplicación en el medio burgalés. Antes de analizar con más detalle este hecho, vamos a conocer algunos aspectos de quien lo puso en marcha.

Perfecto Ruiz López nació en Villodrigo (Palencia), de donde procedía su familia materna, la paterna estaba entroncada en Los Balbases, el 17 de abril de 1848. Su llegada al mundo no debió de ser fácil, pues el cirujano de la villa se vio en la necesidad de administrarle el agua de socorro. En 1859, tras superar el examen de ingreso, se matriculó en el Instituto de segunda enseñanza de Palencia, en el que estudió dos cursos de bachillerato, trasladándose al finalizarlos a Burgos, donde se graduó en 1864. A continuación pasó a cursar la carrera de medicina a Valladolid, aprobadas todas las asignaturas con buenas notas, en junio de 1870 solicitó realizar el examen de grado de licenciatura. Se le presentó un caso práctico de tuberculosis pulmonar, y acto seguido la ligadura de la arteria humeral en su tercio superior sobre el cadáver. Resueltos ambos, le fue expedido el título de licenciado en medicina y cirugía el 16 de noviembre de ese año<sup>5</sup>.

En el marco de la amplia reestructuración que experimentó la Beneficencia municipal burgalesa entre 1882 y 1883, fue designado médico auxiliar de la ciudad, en la que se enclavó

<sup>2</sup> *Diario de Burgos*, IV, 1122, sábado, 10 de noviembre de 1894, p. 3.

<sup>3</sup> *Diario de Burgos*, IV, 1148, martes, 11 de diciembre de 1894, p.3.

<sup>4</sup> *Diario de Burgos*, V, 1293, 1 de junio de 1895, p. 2.

<sup>5</sup> Archivo Universitario de Valladolid (AUVa), leg. 587, fol. 99-104.



profesionalmente de manera definitiva a partir de esa fecha<sup>6</sup>. Siguiendo el escalafón pasó a ser médico de distrito, y al dimitir, el Dr. Pedro Gómez Carcedo, de su cargo de titular del Hospital de San Juan, en julio de 1911, fue nombrado para el mismo Perfecto Ruiz<sup>7</sup>. Antes había participado activamente en la creación de la Asociación Médico-Farmacéutica de la provincia de Burgos (1892-1898), y del posterior Colegio de Médicos de Burgos, de cuya inicial Junta directiva fue elegido vocal 1º en 1898, y secretario a principios de 1899, por fallecimiento de Agustín Rivas Mateos<sup>8</sup>.

Durante su estancia en la capital provincial fue desarrollando una especialización quirúrgica, de la que se conservan expresivos testimonios documentales: *“Días atrás indicamos la sensible desgracia acaecida al presbítero D. Carlos Díez, párroco del pueblo de Cascajares de la Sierra, a consecuencia de la caída del coche en que era conducido, sufriendo la fractura de una pierna, que después de muchos sufrimientos hubo necesidad de amputar.*

*Con este motivo se dirigió al pueblo de Ontoria de la Cantera el acreditado médico de esta población, D. Perfecto Ruiz, acompañado del practicante del hospital de San Juan, Sr. Villalaín.*

*La operación se le practicó el jueves último, con el mayor acierto, y por mas que la gravedad del caso hacía temer por su vida, en vista del éxito de la operación, se llegó a concebir alguna esperanza de salvarle.*

*Pero desgraciadamente le ha sobrevenido al paciente una fiebre tal que no ha podido resistir,*

*falleciendo el virtuoso párroco (...) a las cuatro y media de la tarde de ayer”<sup>9</sup>.*

La primera noticia sobre la aplicación del suero antidiftérico en Burgos está fechada el 7 de junio de 1895: *“Se ha aplicado por primera vez en esta ciudad el suero antidiftérico del doctor Roux, dando un resultado completamente satisfactorio. A la niña de dos años María Teresa Fauri Barrera, atacada de difteria, se la inyectaron 20 centímetros cúbicos, y en menos de 48 horas estaba completamente curada.*

*La operación la llevó a efecto el conocido médico D. Perfecto Ruiz, ayudado del practicante D. Antonio Villalaín; y el suero lo suministró el farmacéutico D. Valeriano S. Valpuesta, que pocos días antes había recibido frascos nuevos directamente del Instituto Pasteur”<sup>10</sup>.*

El incuestionable avance que supuso el descubrimiento y la comercialización del suero antidiftérico, no se vio exento de algunas dificultades. Al tratarse de un producto de origen animal, su administración en los seres humanos provocaba en algunos casos reacciones adversas de sensibilización, que podían llegar a ser graves, incluso mortales. Este inconveniente se procuró obviar purificando el suero, y extrayendo de él exclusivamente la antitoxina diftérica.

La llegada de la era antibiótica, con la difusión de la penicilina en la década de los cuarenta del pasado siglo, a la que se unió en ese mismo periodo la puesta en marcha de una vacuna antidiftérica inocua y eficaz, obligatoria en España desde 1943; contribuyeron de manera definitiva a la derrota de la difteria. ■

<sup>6</sup> Archivo Municipal de Burgos (AMBu), sig. 19-558.

<sup>7</sup> AMBu, sig. 19-1388-B.

<sup>8</sup> *Medicina y Farmacia*, VIII, 106, 15 de enero de 1899, p. 10.

<sup>9</sup> *Diario de Burgos*, II, 387, martes, 28 de junio de 1892, p. 3.

<sup>10</sup> *Diario de Burgos*, V, 1298, viernes, 7 de junio de 1895, p. 2.



## ILOXERA

JORGE  
SAIZ

■ Desde la ventana observé cómo el portero del hotelucho propinaba una paliza al taxista, el cliente borracho se reía con esas carcajadas corpulentas que a veces se escuchan en los manicomios, al parecer se negaba a pagar el precio desorbitado (desde el punto de vista de su moña) que el motorista le quería cobrar. Los gritos reptaban por los canalones del edificio para desembocar en mentes insomnes como la mía, serían las cinco de la madrugada, o sea, el conticinio, ese momento sublime de la noche donde solo se oye la respiración plácida de los seres capaces de reposar con veracidad. Yo, sin embargo, me limitaba a recontar las estrellas hasta que divisé la escena de la tunda, a partir de ese instante un sopor rebozado en bostezos se apoderó de mi cansancio, un trago de agua para pronosticar la sed del desierto, un agur fantasmal para mis adentros, una pesadilla de órdago convertida en damisela insoportable. Caí en un precipicio de infames mentiras en el que el alguacil de un pueblo desalmado me detuvo por escándalo público, en el calabozo de la localidad, al lado de un degenerado que exhibía su escroto ante las colegialas, me hundí en una depresión de caballo, los relinchos acompañados con un llanto de bebé hambriento. Luego surgió el alcalde con su cara de fardo de alubias, como ya le habían puesto al corriente no hizo falta explicarle la confusión, disculpe, excelencia, yo recurriendo a mis dotes de persuasión para abandonar las rejas, él inmutable, con los hombros colocados del revés, un

matón con placa oficial de tunante. Se hizo el sueco, o a lo mejor solo aguardaba una cifra, por ejemplo, digamos, en ese caso, ocho billetes se acomodaron en su cartera con una morisqueta en sus pulgares de prestidigitador, una palmada en la espalda para apoyar la teatralidad de su cargo, entiéndame, si no barremos las calles de vez en cuando, un bigote de ardilla alcohólica.

Eh, guapo, y una pelandusca entrada en años parpadeaba astuta en una esquina penumbrosa, el asco surgió con ímpetu de ametralladora, mi ética horneada por un ejército de pasteleros profesionales.

De súbito percibí que mis tribulaciones pertenecían al mundo onírico, eso me tranquilizó durante unos segundos, pero al



comprobar que era imposible interrumpir la fantasía regresé a la inquietud para enzarzarme en un periplo extraviado, una llaga en las muñecas por el escozor de las esposas, la comarca arisca, un viento oxidado en el aire. Además del dinero me exigieron la pelliza por lo que un frío de mil demonios atería mi pensamiento, las ideas escaseaban en aquel territorio desconocido, un par de buitres disfrazados de augures planeaban en las alturas, el miedo, esa dictadura del escarnio, se abalanzaba con afán sobre el despojo de mi memoria, un niño, o una cabra, en lontananza para afianzar las esperanzas. Era un chiquillo vestido con una zamarra de lana, envidié su cobijo, al hablar pronunciaba las ces de una forma rara, como si una procesión de yeguas mal herradas arrastrarán sus dientes, se ofreció a alojarme en la cabaña de su abuelo, cómo no, una alegría contagiosa en sus ojos pardos, una senda de eses vitoreadas por una comitiva de grajos. De una cadena pendía un caldero asido a un garabato, olía de maravilla, mi saliva se iba entonando mientras elucubraba con la pitanza, el plato colmado, un cucharón tosco de madera, un trozo de carne borrosa flotando en un caldo aceitoso, lo devoré en un santiamén, la conversación giró en torno a la dulzura del sebo, a mí me encanta, la voz infantil sedosa. Un anciano encanecido se aposentó en un rincón, se sirvió una cantidad considerable del potaje para degustarlo con paciencia de sacerdote jubilado, después me calibró con interés de gato montés, las preguntas invisibles me hicieron contestar a sus sospechas, me he perdido, su nieto se ha apiadado de mí, se lo agradezco mucho. Cabeceó para asumir mis palabras, eructó por lo bajines con una educación sorprendente, un hilo de caldo en los pelos ralos de su barbilla, un agotamiento de décadas bosquejado en el entrecejo, las

arrugas arriesgadas, el cayado tallado con una navaja tosca, un perro ladraba afuera en demanda de los restos, las nubes encapotadas, con una alarma de lluvia en su apariencia algodonosa. Me invitaron a sestear, no se preocupe, la frase certera, parca, una bendición para mis oídos que ya temían el chaparrón a la intemperie, la lluvia golpeaba tenaz el tejado, un gato se asiló bajo las pacas de paja, verlo me depositó en un nido de amor, en una cama de mi niñez, en un prado donde mi madre ordeñaba las vacas de los vecinos, uf, un ronquido de estanque preñado de ranas. Entonces los pómulos se despeñaron por otro sueño, uno dentro de otro, un guirigay para exteriorizar los pecados que quizás alguna tarde de primavera cometí, un beso a escondidas, un cesto de manzanas sisadas con la intención aviesa aún por desvirgar, una pedrada contra el reloj del ayuntamiento, las travesuras de rapaz entre las suspicacias de la pubertad, un enamorado tronzo frente a un pilón de renacuajos, mi novia embarazada, su padre con los perdigones prestos.

Víctor, no me dejes, y el acento chillón de mi ex mujer se dilataba para machacarme la conciencia, una cierva atrapada en un hoyo de improperios, la relación rota, los reproches invariablemente tozudos.

Al final, es decir, al despertar entre las sábanas estampadas del lecho alquilado del hotel, una resaca lijosa se atribuyó una nueva victoria, una calada de nicotina para salar la mañana, desde recepción me narraron la odisea de la víspera, un retintín de compasión diluido en la línea telefónica, señor, el calificativo sonaba a cornisa despreñada, la filoxera de ayer fue exagerada, las sienes aleladas, la arcada acongojada, obcecada en persuadirme de la necesidad de una auténtica cura de desintoxicación.



# NOTICIAS NUESTRAS

■ A la explosión de la edición de libros para ser presentados en la Feria del Libro, suele seguir, habitualmente, una sequía editorial, acentuada por la llegada del verano y de la dispersión y cambio de ritmo de los ciudadanos.

Aún así, hemos podido disfrutar de varias e importantes obras literarias de colaboradores de Plaza de San Juan, como ha sido la publicación del segundo libro de Alberto Luque "Como lobo"; la también segunda obra de Sonia Martínez "Flores para un funeral", Eduardo Nabal Aragón con su ensayo cinematográfico "El marica, la bruja y el armario", un nuevo tomo de la colección Tentenublo de Elías Rubio, "Creencias y supersticiones populares de la provincia de Burgos...", un libro más de nuestro colaborador habitual José M<sup>a</sup> Izarra, "La risa como lamento, el amor como distancia " y el libro de María Jesús Jabato "Sonetos Naifs" con ilustraciones de Laura Esteban. Además de un nuevo número de la revista Entelequia, dirigida por Asís García Ayerbe y la nueva publicación de las Bibliotecas Municipales "Aire nuestro", publicación hermana a la que recibimos con satisfacción y a la

que deseamos larga vida. No es mal balance.

El otoño suele traer a Burgos, aparte de unos paisajes espléndidos, la salida a la luz de nuevos libros, que esperamos disfrutar y que tengan una larga vida.

El otoño es también la época del comienzo de cursos y actividades varias. La Biblioteca Pública ha organizado, para sus usuarios adultos, diversas actividades, entre las que queremos destacar:

**Club de Lectura.** El año pasado iniciamos un Club de Lectura, en el que a lo largo del curso, se fueron analizando, comentando y debatiendo diversos libros. Ya está abierto el plazo de inscripción para el nuevo Club de Lectura. Creemos que para los amantes de la literatura es una buena oportunidad de poder dialogar, debatir, analizar y comentar libros.

**Los cuentos no son -sólo- cosa de niños.** Todos hemos leído alguna vez cuentos, cuentos de misterio, de amor, de aventuras... Javier Gil, un excelente contador -que no cuentista- nos va a deleitar una vez al mes con una selección de cuentos de diversos autores, a los que dará vida con su voz, su magia y su saber. ■

Plaza de San Juan

Nº 31

Septiembre de 2007



**BIBLIOTECA  
PUBLICA  
DE BURGOS**

C/ Valladolid, 3 • 09002 Burgos  
<http://bibliotecaspublicas.es/burgos/index.jsp>

DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA:  
Carmen Monje Maté

EQUIPO DE REDACCIÓN:  
Fernando Ortega  
Isabel Oceja  
José M<sup>a</sup> Izarra  
M<sup>a</sup> Luisa Mintegui  
Mireya García  
M<sup>a</sup> José Rojo  
Carmen Díaz

DEPÓSITO LEGAL: BU 661-1998

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

*Edibur*